

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

Desierto, caravana, oásis...

(Desierta, la tierra; caravana, la humanidad, en marcha dolorosa; oásis, la visión y la esperanza en Dios, ¡padre nuestro que estás en los cielos!)



LAS PALMAS

Tip. MIRANDA

1929

A mi muy querido ami-
go y compañero don
Pedro López Cabeza,
con toda el alma
Francisco González May

Ferrocarril - Abril - 1930.

DESIERTO, CARAVANA, OÁSIS...

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

12 de mayo 1946 53

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

Desierto, caravana, oasis...

(Desierta, la tierra; caravana, la humanidad, en marcha dolorosa; oasis, la visión y la esperanza en Dios, ¡padre nuestro que estás en los cielos!)



LAS PALMAS

Tip. MIRANDA

1929

¡Demasiado tarde!

EL matrimonio de Mercedes de la Plaza y Serafín Ortuña había sido una de esas bodas consumadas sin amor por parte de ninguno de los contrayentes, y con aceptación comercial e inteligencia utilitaria de ambos; una de esas uniones, inspiradas en el espíritu de nuestro tiempo, que se realizan para llegar irreparablemente a la desunión. Cuando esto ocurre, se sabe que el lazo que se ata, será desatado. El mismo sacerdote bendecidor del connubio, al pronunciar las fórmulas solenes del sacramento, vacila y balbucea como si no estuviera seguro de lo que dice ni de

lo que hace. En el fondo de su conciencia una voz le advierte su involuntaria complicidad en el negocio mal disfrazado de justas nupcias. Le dice: ¡no bendigas un sacrilegio!. San Pablo, el casamentero insigne, también tartamudea al recitar las frases irrevocables de su célebre epístola por boca del ministro de la Iglesia.

Serafín y Mercedes al casarse, «se entendieron», como dos negociantes que contratan de buena fe y ponen su porvenir en el contrato. El decía para su fuero interno: me doy, con mi juventud, mi energía y mis posibilidades económicas, o sea mi propósito firmísimo de conquistar personalmente la fortuna. Y ella, en su interior, decía: me doy, con mis veinte años, mi belleza y mi capital libre de gravámenes, saneado y codiciado; mis buenos veinte mil duros de renta. En forma que, estimadas las respectivas aportaciones mercantilmente,

a juicio de peritos escrupulosos, se equilibraba la balanza: el tanto femenino equivalía al cuanto masculino, y viceversa. El dinero que el novio no tenía, lo tenía la novia. Resultaba, pues, una suma homogénea, a pesar de lo diverso de los sumandos, porque el *totum* era una cifra alta y redonda.

Así ponderadas las *partidas*, el enlace era un buen negocio para las partes. Y se celebró con todas las solemnidades y ceremonias que son de rigor en tales matrimonios. Se los reviste de un aparato espectacular, marca y refrendo de las magnas contrataciones. La familia de la novia «echó la casa por la ventana» a fin de que los invitados vieran desde la calle, antes de entrar, lo que en la casa había. Había un derroche de boato decorativo y de esplendidez hospitalaria. Luces, hasta producir ofuscamiento; flores hasta en los rincones más oscuros, hasta en la leñera. Co-

rrió el champagne a torrentes. En obsequio de los novios se lucieron magníficas borracheras, forma la más expresiva del entusiasmo nupcial. Unos brindaron por Mercedes, otros por Serafín, con las copas siempre rebosantes; pero Serafín y Mercedes, trastornados, no prestaban oídos a la elocuencia alcohólica ni veían ni comprendían nada de cuanto pasaba cerca de ellos. Las flores, las luces, el vaho perfumado de los trajes de gala, el fru fru de las sedas y blondas, el murmullo de los vivos coloquios, les mareaban. Todo aquello levantaba un torbellino en torno de los desposados; casi una conspiración contra el reposo de su ánimo *post nuptias*.

Los músicos se habían alegrado con exceso al tocar «La viuda alegre», música poco acomodada a las circunstancias. Un lacayo, lleno de vino y alborozo, se olvidó de ponerle el gabán a Ortuña en el momento conmovedor de las

despedidas. Hasta en la cocina hubo regocijo, congratulaciones y brándis. En el gallinero, las gallinas, desveladas asustadas por aquel ruido insólito, cacareaban como locas; el gallo anticipó sus alertas. Nadie dudaba de la felicidad de los nuevos esposos; pero el automóvil que los llevó a la estación para tomar el tren de Francia, salió gritando «¡lo dudol» «¡lo dudol!» Debía estar en el secreto.

En un círculo mágico por lo radiante, dos damas muy entradas en años y picardías, comentaban el suceso clavando sus picos de cotorras en la carne de la gentil pareja (así la calificaron los optimistas cronistas sociales). Ellas también habían sido jóvenes, pero no se habían casado. Con esto queda dicho que no les gustaba que se casaran otras; mucho menos si el bodorrio era repicado, cantado y bailado largamente. Eran católicas fervorosas, pero no oían

misas mayores. Las solteronas, vírgenes y mártires, suelen tener una buena memoria y un agrio genio. La murmuración las agita, como el vendabal agita los árboles.

—En nuestro tiempo,—dijo una con un largo suspiro de alivio, alivio de su luto de irrevocable soltería,— las muchachas se casaban por amor, sólo por amor...Y los muchachos, también. La aritmética aplicada al sagrado vínculo es cosa de hoy. Matemáticos y filósofos dicen que todo es número, desde los astros a los átomos; pero nosotras no comprendíamos la numeración universal. Y yo te aseguro que estoy muy lejos de este siglo.

—¡Tan lejos!—repuso la otra señora con otro suspiro, igualmente de alivio. ¡Tan lejos, ya lo creol! Tú y yo pertenecemos a la segunda mitad del siglo XIX. Lo que de éste, tan comerciante, vamos viviendo, es una postdata crono-

lógica, una cláusula complementaria, el codicilo de un testamento. No sentimos el realismo del himeneo ni del gineceo, permíteme emplear estos vocablos áti-
cos. Nosotras mirábamos hacia Versalles, y ardíamos en las llamas del purgatorio del romanticismo. Un purgatorio vale más que un infierno.

La gente, en *nuestros días*, se casaba enamorada o, si no lo estaba, fingía estarlo. Hoy, ni siquiera se sabe fingir el amor, ciencia difícil que sabían practicar a las mil maravillas los galanes del siglo XVIII, el siglo en que debimos nacer nosotras.

—Hoy, añadió la otra solterona, y ya no suspiró.—Mercurio preside los casorios extrictamente contractuales.— Si, replicó su amiga,—los novios de hogaño no son los novios de Manzoni. Ellos se compran, y ellas se venden. San Pablo se lava las manos, como Pílatos, en la persona del cura celebrante.

—Pero nosotras — finalizó la dama erudita—si en la época de nuestra juventud hubiera habido mercado de novias, o de esclavas, ¿hubiéramos encontrado compradores?

Las dos eran feas, y no habían tenido dinero nunca. Feas y pobres, ni el diablo las quiso.

* * *

Mercedes de la Plaza pertenecía por completo a esa clase de mujeres formadas en los colegios religiosos para el servicio de Dios en primer lugar y, en segundo, para el hogar doméstico. La naturaleza sufre allí todas las rectificaciones, cuando no todas las deformaciones posibles: se la contraría demasiado y ella, después, suele vengarse. Mercedes salió de su colegio bien moldeada en los troqueles de esa educación con vistas a la vida eterna. No se desentendió

en absoluto de la terrenal y transitoria en que penamos y luchamos con las penas del destierro penitencial, con las armas de Jesucristo. Su adherencia mística a la santa casa donde la habían cristianizado ejemplarmente, no llegó al extremo de querer quedarse en ella. Quiso desempeñar en el mundo su papel de mujer, y tuvo por bueno el matrimonio; pero se proponía llevar su cruz con fortaleza y resignación cristiana, evangelizar al esposo y hacer de la prole si Dios la daba y la bendecía, un místico rebaño. Así, animada de este espíritu regenerador, fué Mercedes ante las aras, como la víctima al sacrificio.

No amaba a Serafín Ortuña. Lo eligió su familia y ella «lo recibió», dándose cuenta de que la entregaban a un hombre pobre con el propósito firme de ser rico, y que ella representaba en el contrato una valía económica. Por encima de estas materialidades finan-

cieras ella acertaba a discernir claramente su propio criterio evangelizador. Aunque Serafín guardaba las apariencias y observaba las precauciones imprescindibles para ser tenido en concepto de persona honorable y correcta, excelente cristiano, sospechaba Mercedes que la realidad fuera muy distinta y que la convivencia del matrimonio le ofrecería coyuntura para emprender una obra de edificación moral; mejor dicho, de reedificación. Ortuña, a sus perspicaces ojos de catequista muy abiertos por la fe, se perdería irremisiblemente si su laboreo heroico en la vida común venidera no le salvaba. Con estas ideas y estos planes, fué Mercedes al altar.

Os hago gracia de su retrato físico, porque la semblanza psicológica es lo que viene a punto y a cuento. Además, esas pinturas de mujeres en que el literato detalla todas las perfeccio-

nes, y se queda corto, a mí no me convencen. Faltan el color, la animación, el relieve, el movimiento; lo que el pintor expresa con rasgos materiales reproductores. Un cuadro, cuando en él logra el arte sus fines, si convence y descubre el misterio vital, mediante unas cuantas pinceladas maestras. ¿Pero una relación, una enumeración fisionómica? Nada más débil, ni más inexpresivo. La nariz será romana o griega, la oreja bien o mal contorneada, la frente ancha o estrecha, el pie pequeño o grande, el brazo largo o corto, la garganta seca o ebúrnea, los senos exuberantes o menguados, las caderas amplias o exiguas. ¿Y qué tenemos con eso? Cada uno de tales miembros y facciones tomados aparte, o todos juntos, sólo tienen un valor anatómico, de museo clínico. Jamás leí una descripción literaria que me diese mediana idea de la belleza o de la fealdad corporales.

La literatura es impotente para revelar la una y la otra. Necesitaría el pincel de Velázquez; cambiar de instrumento, meterse en ajenos dominios. Quedamos en que Mercedes de la Plaza era una mujer bella, sencillamente, sin adjetivos ni señas particulares.

Y si no describimos a Mercedes, menos describiremos a Serafín. Pertenece al tipo de esos hombres calculistas que llevan escrito un guarismo en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón. Él se calificaba de espíritu fuerte, pero no tenía espíritu ni fuerza. Quería ser rico, sin preocuparse de los medios; por vías céntricas o por atajos, fuese como fuese. Si se llega, el viaje ha sido bueno, aunque haya sido malo. Se casó con Mercedes para conquistar la fortuna, como quién realiza un próspero negocio en América. Y pensaba no obstante — al afirmarlo era sincero — en buscar personalmente la riqueza para

poder decir que de veras la poseía; pero sobre la base del capital de Mercedes.

Ya casado, sus pensamientos cambiaron de rumbo, y su voluntad se pervertió. Pudo hecer entonces su definición verdadera. No se trataba de luchar, sino de gozar. Lo que había deseado, lo tenía: ¿a qué, pues, nuevos e inútiles afanes? Con el dinero de su mujer vivió regaladamente, en perpétua crápula: Juego, juergas nocturnas, queridas, trenes lujosos, caprichos y derroches, la carrera frenética de la bohemia dorada de Madrid. *Todo Madrid lo sabía, todo Madrid menos ella*; pero ella también, al cabo, lo supo.

Y, al saberlo, tronó indignada. Tuvieron los esposos una entrevista en que Mercedes pronunció estas palabras irreparables dirigidas a Ortuña:

—Recuerda lo que eras antes de casarte conmigo.

El se las devolvió, replicando:

—Ahora soy menos, y tú también.

El sentimiento del honor perdido renovóse en Serafín como manantial salufifero que se oculta bajo tierra y resurge. Los trabajos catequísticos de Mercedes para salvar a su marido, habían sido estériles: siembra en una roca. Impúsose la separación amigable, y él la aprobó. Y se realizó sin tramitaciones ni formulismos aparatosos. De la propia manera que se habían unido, se desunieron. El lazo flojo desde el principio, se desató sin romperse.

El, abandonado a la inercia de su voluntad reblandecida, siguió descendiendo en el abismo de la depravación hasta tocar el fondo cenagoso. Ella, siguió ascendiendo por la escala de la perfección, entregada con redoblados bríos a sus obras de misericordia. Pensaba en Ortuña como en un naufrago que se había perdido y hundido, a pesar de sus desesperados esfuerzos por

salvarlo y traerlo a definitiva salud. Militaba Mercedes en no sé cuantas asociaciones y conferencias benéficas para salvar a los descarriados, confortar a los tristes, dar de comer a los hambrientos, amparar a los miserables, levantar a los caídos. Desfacía los entuertos y borraba las manchas sociales en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Leía en la prensa los llamamientos de la adversidad desamparada, y allá se iba adonde indicaban las señas, con la boca y las manos prontas al consuelo.

Cierta mañana, al leer un periódico, encontró esta noticia que destilaba lágrimas:

«En la calle del Ave María, número 17, buhardilla, un hombre enfermo, inhábil para todo trabajo, el más desventurado de los desventurados, la más misera de las criaturas, ruega a Dios que un alma caritativa acuda en su socorro».

Allá fué Mercedes. Y en la buardilla,

casi moribundo, sobre un camastro, estaba su marido. Se moría en brazos de la miseria, que había reemplazado a su esposa burlada y a sus amantes infieles.

Abrió los ojos cargados de fiebre y desesperación, la reconoció entre la niebla trágica de la agonía, y solamente pudo suspirar estas dos palabras, que resumían el drama de los dos:

—¡Demasiado tarde!

Pasado en presente

Los poetas son predilectos de los dioses, y aquel poeta, sobre quién tantas veces había descendido el águila de la inspiración, mensajera del padre Apolo, tendiéndole sus alas olímpicas; aquel poeta era un lírico orgulloso y un hombre triste.

El aire de las altas cimas, lejos de fortalecerle, le había enfermado. Al verse tan arriba, tan señero, reconoció que no vale la pena subir la pendiente empinadísima de la fama para caer sin alientos al tocar la cúspide helada y abrupta. Más aún: decía el vate que la fama y la inmortalidad son dos mentiras resplandecientes.

—El que las conquista, se engaña— afirmaba, lleno de amargura. Esas dos nubes arreboladas desaparecen con el crepúsculo. Bebemos en la fuente Castalia, y no se mitiga nuestra sed inextinguible. Somos unos sedientos y unos hambrientos junto a los manantiales infinitos y los manjares celestiales que nos abreven pero no nos sacian, nos sustentan pero no nos calman el hambre.

Así decía el poeta, herido por las espigas de los desengaños. Al doblar la cabeza fatigada, se le caían los laureles marchitos.

Y buscó la teja de Job para barrer con ella, de su faz y su cuerpo, los laureles y los desengaños.

Y repitió las sentencias del Eclesiastes, amargas como la cicuta, ásperas como la ortiga.

Y no se cansaba de repetir:

—¿La inmortalidad y la fama? Mentiras esplendorosas.

Tenía el poeta un genio protector, que no era ni el padre Apolo ni el diablillo familiar de Sócrates, sino un viejo melenudo y barbudo, semejante al Padre Eterno.

Le llamaba en sus trances más apretados, y él acudía siempre a la cita y le satisfacía los más locos caprichos.

Esta vez, desesperado, le llamó con voces terribles que desgarraban el seno de la noche.

—¡Ven! Te necesito.

El genio tutelar, que no debía de ningún modo confundirse con su propio genio agrio, indómito y errabundo, tardó en presentarse. Sus protegidos le requerían desde todos los puntos de la tierra, caja de Pandora llena de todos los males, y él no podía estar en todas partes al mismo tiempo, pues no era obícuo.

—Ven; dáte prisa,— clamaba sin cesar el pobre poeta.

Al cabo, al cabo, muy a deshora, el genio protector entró en el aposento del clamante furioso. Llegó escoltado por un rayo de luna. Flotaban sus guedejas en el aire nocturno como grandes copos de nieve. La inmensa barba blanca le inundaba de nieve el pecho. Todo él parecía hecho de nieve endurecida; frío como un ventisquero. La albura de sus sandalias ponía en el piso dos manchas lechosas. La túnica envolvíale como un celaje. Servíale de báculo una robusta estalactita. ¡Un rey de bastos blanqueado en el Polo. Dardeaban hielo sus miradas y sus sonrisas cortantes como cuchillos. El poeta vió en la sobrehumana figura la personificación de su desencanto.

Y tembló, arrecido.

—Aquí estoy—dijo el genio lentamente con voz que se hacía sople de sepul-

cro apenas emitida, y expiraba sollozando;—aquí estoy. ¿Porqué me llamas-te? ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres?

—Quiero—suplicó el otro—que me retrotraigas y trasportes a la infancia. ¡Una hora, solamente una hora! Que yo vuelva a ser lo que fuí, y lo que fué torne a ser conmigo. Mis honores, mis laureles mústios, mis versos, mis cantos, todo por una hora de felicidad dorada y risueña en que yo corra, juegue, cante y ría como cuando era niño. ¡Daría la eternidad por esa hora feliz y veloz! Ya no creo en la gloria ni en la fama. ¡Mentiras alucinantes!—concluyó, repitiendo su estribillo quejumbroso.

—Volverás a la infancia—prometióle el genio—; correrás, jugarás, cantarás, reirás, lo mismo que en aquellos días maravillosos. Recibirás los besos de tu madre, oirás los cuentos de tu nodriza, arrastrarás tus caballitos de palo. Pedirás otra vez la luna con el ansioso bal-

buceo de la niñez. Tendrás tu sonajera y tu chichonera. Te estremecerás de inocentísimo alborozo cuando te pongan tus pantaloncitos. Se renovarán en tí las primeras sensaciones, los primeros placeres y las primeras lágrimas. Te confortará el baño de poesía de la Noche Buena infantil y el rocío de gracia de la primera comunión. Entrarás en la jaula de la escuela; te apenarás al entrar y te regocijarás al salir. Experimentarás los sacudimientos despertadores de los instintos naturales. Serás dichoso, te lo prometo; no como tú imaginas, sino como puede permitirte la vieja realidad traída al presente. En sesenta minutos vivirás diferentes momentos y episodios de aquella época en que fuiste bienaventurado. Pero, escúchame: el desfile de seres y cosas pretéritas hermopeará un punto tu existencia actual, y obscurecerá y afligirá tu existencia venidera. No hay modo de volver al pasado sin herir-

se con sus tristezas, las tristezas del bien perdido; no se resucita a los muertos sin recibir los golpes de la Muerte, que se resiste a ser robada. Y ese brote temprano en tu sombría madurez, será un tumor maligno: si no te mata acrecentará tus dolores. Ve, y avísame el regreso.

Habiendo hablado así, el genio bienhechor desvaneci6se en el ambiente de la madrugada neblinosa.

Y el poeta hall6se otra vez ni6o. Encuadr6le la decoraci6n divina de la infancia. Todo estaba igual que en el remoto ayer, aproximado y convertido en hoy. Veíase en la sala de juego rodeado de juguetes costosos, preciosos. Al alcance de su mano un soberbio caballo de madera, con ricos jaeces y paramentos, era la tentaci6n. Y había otras muchas

tentaciones para la infantilidad juguetona.

El poeta devuelto a la niñez no vió, sin embargo, con ojos de niño aquellas pequeñeces llamativas, y le dieron tedio.

Las rompió y esparció sus pedazos, protestando, irónico:

—¡Vaya una bromal! No son para mí.

Acudió la niñera, y empezó a contarle el cuento de Caperucita.

El chiquitín se indignó.

—Eres tonta de capirote, díjole; — eso se lo cuentas tú a quién pueda comulgar con ruedas de molino. Yo soy perro viejo, y a perro viejo no hay tus, tus.

Pusieronle los primeros pantaloncitos, y repitió la protesta.

—No son para mí.

Aunque le venían justos, se empeñó en creer que no le pasaban de los zapatos.

Le llevaron a misa, y antes de llegar el cura oficiante al *Dominus vobiscum*,

se salió del templo, porque estaba en áscuas.

—Hace mucho tiempo que perdí la fe materna,—gimió.—¿Por donde volará ahora la paloma del Espíritu Santo?

Llevaronle a la escuela, y se puso a discutir con el maestro.

En fin, en ninguna parte recobró la inocencia ni la alegría de la niñez.

Sólo cuando su madre, resucitada y rejuvenecida, le tomó en brazos y le besó, sólo entonces volvió a ser niño de veras.

La dulzura de aquellos besos penetró y santificó toda su vida en pasado, en presente y en futuro.

—Madre, gritó—, loco de júbilo,—ahora sí que la infancia me ha venido a consolar. Tú me la traes, y siempre que en tí pienso, tú la resucitas. Tus besos renuevan en el hombre la pureza del niño.

Pero a poco, habiéndose retirado su madre, gritó imperiosamente:

—¡Pluma y papell Voy a escribir un poema...

El genio protector había olvidado, adrede, una cosa muy importante, *sine qua non*: devolverle su alma de niño.

El juego de las calaveras

UN cementerio campesino, de esos en que la Muerte está completamente desnuda *como una recién nacida*, sin adornos fúnebres, sin ofrendas piadosas, sin ramos, sin flores... Sólo los epitafios recuerdan el viaje de los que existieron, sufrieron, lloraron y penaron... Sólo las cruces abren sus brazos sobre las sepulturas y las bendicen. ¡Trágica desnudez! Los vivos han abandonado a los muertos. Reina la soledad como una soberana que se adora a si misma y no quiere súbditos ni acepta honores...

La soledad, en la vida, puede ser hermosa, por contraste; pero cuando rodea a la muerte, deja de serlo... ¡Muerte im-

plica soledad; reclama la presencia del hombre para afirmarse y, a la vez, desmentirse... Una necrópolis solitaria, donde al sueño eterno acompaña el olvido absoluto, nos hace pensar en *la nada*. El espíritu más religioso vacila frente a ese doble vacío que mata el pensamiento. Imposible pensar, de tanto temblar y acobardarse.

El campo-santo de la aldea, con los muertos olvidados, con los vivos ausentes, con los sepulcros desnudos, espanta al que por acaso lo visita... Piensa que él también ha acabado y que van a enterrarle. De pronto, efectivamente, surge el fosero entre dos montones de tierra removida, la piqueta al hombro, como un muerto que resucita. ¿Sale del abismo en que todo desapareció? La aparición nos anonada. ¿Es un vivo o un muerto? Sus ojos tienen una fosforescencia propia del lugar; lleva corona de fuegos fátuos. Avanza, y nosotros re-

trocedemos como ante la muerte. Esgrime su herramienta de último ejecutor para abrir una tumba, y sentimos el golpe y nos imaginamos oírlo retumbar dentro de nuestro cráneo, dentro de nuestro ataúd. Un pánico loco nos domina. La fuga se impone. Corremos hacia la puerta, que se tambalea sobre sus goznes, medio muerta, claudicante de terror... Todo allí adquiere apariencias de fenecimiento o de agonía. La verdad nos da miedo.

La primavera, sin embargo, acaba de hacerse presente en el recinto mortuario. Ahora unos niños que vienen de la escuela han entrado con ella, que no se cansa de darles besos como una buena madre. La primavera es amor maternal. Unas florecillas nacidas al borde de la fosa común, pálidas, desoladas, entristecidas, sonríen melancólicamente a la muerte y a la infancia. No viven, se mueren. La naturaleza trajo un tributo hu-

milde a la mansión del eterno reposo. Al ofrecerlas, las deshoja. El sepulturero, cumplido el menester de su oficio, ausentóse. ¿Se ausentó o murió? No lo sabemos. Quizás se lo tragara el abismo donde todo desaparece.

Los niños se acercan con timidez al osario. Un osario en uno de estos cementerios abandonados de los villorrios, es un montón de huesos en un rincón, un hacinamiento horrible a la intemperie. Los esqueletos desarticulados confunden sus partes en la siniestra *péle méle*, se pulverizan en el polvo... Las calaveras miran y sonríen de un modo atroz. Sus miradas y sus sonrisas llegan como reflejos del más allá, se producen en nuestro espanto.

Uno de los niños, adorable criatura de seis años, rollizo y rubio como un querubín murillesco, más osado que los otros, penetra resueltamente entre las ruinas del organismo humano. Las

osamentas crujen, se quejan, gimen.... El sabe ya que pertenecieron a los hombres. Coge una calavera y fija en las cuencas vacías de sus ojos, los suyos vivos y audaces, llenos de esa curiosidad infantil que quisiera apropiarse el universo.

—Sobre el altar de la casa del cura hay una así—dice—y la cabeza de don Celedonio, el maestro, se parece mucho a esta calavera. Sequito, sequito...

—¡A ver!—dicen los otros chicuelos estrechando un círculo palpitante en que las miradas ansiosas se cruzan como puñalillos de juguetería. ¡A ver!

La calavera va de mano en mano. La inconsciencia de la niñez toma aspectos aterradores de irreverencia. Ninguno de los niños adivina el misterio de la muerte, aunque la tienen delante.

La calavera les sirve de horrenda pelota, y se la tiran y la recogen, encantados con el juego.

Al caer, por último, queda el macabro juguete puesto del revés, la parte facial en el lodo que amasaron recientes lluvias.

Un chico la levanta, y de un puntapié la arroja al montón de donde había salido.

—No me gusta jugar con eso,—dice.

—¡Dámela, dámela!—grita otro.

—Anda a cogerla, si te atreves! Son muchas, muchas... Esa es mía, y yo no te la daré... Busca otra...

Pero los angelitos en fiesta se adueñan de tibias, rótulas, costillas, omoplatos, peronés, cogidos al azar entre los huesos hacinados. Y uno, muy vivaracho y expeditivo, propone que se juegue al tejo con aquellos despojos terribles. Jugar, *that is the question*, para los niños.

Las que fueron piernas y los que fueron brazos cruzan el aire al impulso de las manos de los escolares, cuya debilidad se torna fuerza en el enardeci-

miento de la porfía. Aquel ir y venir de proyectiles, restos de la vida, en la calma del cementerio, me enloquece. Me siento desencajado, descuartizado, triturado...

Intervengo, entonces.

—Hijitos, no sabéis lo que hacéis. Cuando lo sepáis, os arrepentiréis de haber jugado con la muerte. Respetadla. ¿Quién sabe si alguno de esos huesos pertenecería a un padre, a un abuelo de alguno de vosotros, pobres pichones?

No me comprenden. Les hablo un lenguaje razonable antes de la razón. Varios niños se arañan en disputa para apoderarse de un hueso negruzco, roído.

Una rótula, lanzada con el ímpetu de un hombre, hiere a un jugador en la frente.

Y llora el pequeño, herido; llora gritando:

—¡Mamál ¡mamál

Esta invocación a la madre en tales

circunstancias, subleva mis nervios.

Luego ase de una tibia, y la despide furioso contra el que le hirió. El hueso cae cerca, y no hace daño a nadie.

—Eres torpe,—dice el primero que se había apoderado de la calavera. Voy a darte una lección. Allá va el tejo...

Y dispara la tibia en un arranque impropio de su edad; tan oportunamente que el sepulturero, que sale de un sueño pesadísimo como la losa de un sepulcro y se aproxima dando voces, la recibe en el pecho.

—¡Los diablos han entrado aquí!—grita colérico. Y despide el hueso contra el grupo.

Los enterradores guardan menos respeto que los niños a la Inexorable. Igual que los monagos a las representaciones de la santidad. *Se familiarizan*, como los criados con los amos mudos. Brutales e inconscientes, juegan con los huesos. Sólo los foseros del *Hamlet*, filóso-

fos por cuenta ajena, profundizan el gran arcano, navegando en un mar negro... Cada una de sus ironías es un escollo...

Los niños huyen, a la manera de pajarillos sorprendidos por el cazador. Yo también huyo. ¿Aquel fantasma es la muerte o es la vida? En el cementerio, los visitantes, por más vivos que estén, tienen que decirle a la Muerte, como los gladiadores al César...

¡Morituri te salutant!

Llegamos todos a la puerta, que parece muerta de miedo cual los fugitivos, vacilante, claudicante...

Y tras nuestra fuga, la puerta se desploma sobre el sepulturero, que nos persigue, y no sabemos a punto fijo si es la vida o es la muerte...

Morituri te salutant.

La Misteriosa

EL paquebot *Mesopotamia* había salido de un puerto inglés con rumbo al Cabo. Llevaba el pasaje heterogéneo de las expediciones coloniales: aventureros, empleados, buscadores de la fortuna en las ardientes tierras de Africa abiertas a la codicia europea, comerciantes, clérigos anglicanos y tal cual dama en husmeo de aventuras lucrativas, *mariposas volando sobre el mar...*

Entre aquella muchedumbre abigarrada se destacó desde el primer día un tipo extraño de mujer. Viajaba completamente sola; sin más compañía que sus baules y maletas, en número excesivo

aún para ir a un país tan remoto. Era de edad madura: tenía la belleza ajada de las que han apurado hasta las heces el agrio vino de la vida. En sus ojos, cercados de profundas ojeras, apagados y tristes, ardía la última llama de pasiones agonizantes que se resistían a morir. Su porte distinguido llamó la atención de todos y, antes de saberse quién era, se reconoció su rango. El registro de abordó descubrió su jerarquía nobiliaria y reveló su título: Era la condesa de Ferrières, procedente de París. ¿Una excéntrica en mariposeo artístico? ¿Quizás una aventurera, a pesar de su condao?

En las largas travesías hay siempre un personaje que se sobrepone a los demás viajeros por su superioridad o su rareza: porque da la *nota discordante*. En aquella travesía la condesa fué, acaso sin querer serlo o queriéndolo y buscándolo, la figura central blanco de to-

das las miradas y motivo a todos los comentarios, burlones, malévolos, pocas veces piadosos. La monotonía plúmbea de los viajes se ameniza con el ejercicio de la maledicencia, gimnasia de salón. Aquella mujer, que iba sola no se sabía adonde, perteneció al pasaje, a los marineros, hasta a la chusma de las máquinas escondida en las entrañas del buque como los mineros en el fondo trágico de las minas. Les perteneció porque no pertenecía a su mundo y la veían desde muy lejos sin poder acercársele. Así nos pertenece a todos la luna, esa Dama Duende, eterna fugitiva...

Los curiosos insaciables se hacían respecto de la condesa la misma pregunta que cada uno de nosotros se hace cuando medita sobre el enigma del destino humano:—¿Adonde va? De donde ha venido? Nadie lo supo: ella no lo dijo a nadie. El anhelo interrogativo quedó sin respuesta, como queda fatalmen-

te nuestra propia interrogación, dirigida al cielo...

La condesa de Ferrières parecía una sonámbula. Mostrábase a ciertas horas del día y de la noche con exactitud cronométrica, a pasos perdidos y solemnes. La última en llegar al comedor, surgía allí como un fantasma, vestida suntuosamente llevando gran descote, traje de larga cola, joyas magníficas, un collar de perlas cuajadas en su seno como gruesas lágrimas lechosas. Hacía una reverencia gentil de estilo versallesco, abarcando a todos los comensales con una mirada inquisitiva, se sentaba en el borde de su sillón rotatorio, y comía apenas. Cambiaba con el comandante unas cuantas frases en correcto inglés, siempre las mismas, sobre temas indefectibles: el tiempo, la duración del viaje, la salud de abordó... Terminado el simulacro de comida que hacía recordar los banquetes del escenario, el *mirame* y

no me toques de los festines de las óperas, la condesa se levantaba con la misma prosopopeya que había llegado, repetía su genuflexión elegantísima, estilo Versalles, y se ausentaba, pausadamente; mejor, se deslizaba... Era una sombra que huía... ¿Pero hacía donde?

La curiosidad de los pasajeros aumentaba en proporción de la imposibilidad de satisfacerla. Alguien pretendió abordar a la dama misteriosa y someterla a un interrogatorio impertinente. Ella esquivó al importuno y lo despidió con esta frase, dicha en tono quejumbroso:

—*¡Je suis malade!*

La condesa, en efecto, debía de estar enferma. Enfermiza era la llama de sus ojos, dilatados y deslumbrados como si se abismaran en lo infinito. Sufría esos tics espamódicos, esas sacudidas nerviosas que denuncian *el mal de la época*, la posesión de los diablos del or-

ganismo que nombramos nervios. Al fin se averiguó con toda certeza que la Misteriosa padecía terribles e invencibles insomnios. Levantábase, ya bien avanzada la noche, y se paseaba de un extremo a otro del barco dando muestras de gran agitación. Pero ni se quejaba ni hablaba con persona alguna, a no ser con el médico del *Mesopotamia*, que le recetaba calmantes y narcóticos.

A la caída de la tarde, la condesa, infaliblemente, aparecía sobre cubierta, se apoyaba en una borda, y, muy pálida, contemplaba durante largo rato la palidez del mar en el crepúsculo... Se la veía desfallecer en el desfallecimiento crepuscular, como una rosa mística que atrajera el inmenso abismo...

Una noche, la condesa de Ferrières se presentó en el comedor más retrasada,

más lívida que nunca... Vestía su traje negro de corte, suntuoso, y llevaba su collar de perlas parecidas a gruesas lágrimas que hubieran cuajado en su pecho... Esbozó su homenaje cortesano saludando a todos con no sé qué acentuación dramática, cambió con el capitán del paquebot las frases reglamentarias, casi litúrgicas, sobre el tiempo, la fecha de la llegada al Cabo y salud del pasaje, comió también menos que nunca y, antes de que sirvieran los postres, se alzó de su asiento y se marchó con su paso furtivo...

Al otro día, la noticia de la muerte de la condesa de Ferrières circuló por la nave con la rapidez de una corriente eléctrica. Se la había encontrado muerta en su camarote. Por fin, *dormía*; había pasado en un segundo de un breve sueño agitado que no podía llamarse sueño, al sueño inacabable sin sobresaltos ni pesadillas. Por fin descansaba. Y los

pasajeros volvieron a preguntarse con angustia que agudizaba aquel epílogo de tragedia:

—¿De donde venía? ¿Adonde iba?

Las señoras de temperamento novelesco, que no faltaban entre el pasaje del *Mesopotamia*, admiraron la belleza romántica de aquella fuga. La condesa huía para no volver jamás. Algunas envidiaron a la que se iba en el mayor misterio. Una de ellas dijo:

—¡Séale el mar más leve que la tierra!

Se murmuró que la condesa había sido asesinada; se insinuó que el crimen pudo prepararse en tierra y realizarse en el mar, sobre el que había volado aquella mariposa perdiendo las alas. Se sospechó del médico del *Mesopotamia*, que proveía de anestésicos y drogas a la Misteriosa. Nada, probablemente, si-

no el cumplimiento de una sentencia del sino, el *ananké* griego...

Y hubo que sepultar a la condesa arrojando su cuerpo al Atlántico, un gran monstruo devorador. Todos aborrido quisieron presenciar la última fuga de la condesa. Así como así, aquella pobre mujer había pertenecido a todos por privilegio de la maledicencia, gimnasia de salón... Todos tenían interés en verla partir en el viaje sin regreso, y seguían preguntándose:

—¿A donde iba? ¿De donde venía? Y añadían, consternados:

—¿Ahora, adonde irá?

El descendimiento de un cadáver a las profundidades del océano es un espectáculo grandioso y horrible. En aquella ocasión, lo fué por muchos motivos que le dieron un carácter excepcional. El pasaje, la tripulación, la oficialidad *querían ver...* Querían ver adonde iba la condesa, que nadie supo de donde venía.

En el horizonte, el sol moribundo; desde el horizonte al buque una gran faja rojiza, de un rojo leve, efímero, de sangre que el mar se traga; en las aguas calma profunda que armoniza con la solemnidad de la hora y la gravedad de la ceremonia fúnebre. En torno al *Mesopotamia*, el vasto azul sembrado de estrellitas de oro, como un manto de emperador. Unas gaviotas viajeras, para contemplar el descendimiento, han suspendido el vuelo trasatlántico y descansan sobre la superficie en actitud recogida de gente que acompaña un entierro... En la cubierta se agolpan los curiosos queriendo ver. El comandante, vestido de gala, la oficialidad uniformada y correcta, la tripulación en lo alto de los mástiles y asomando por las escotillas y portales... Un clergiman recita en voz gangosa unas preces. Y por un tablón tendido hasta el mar como una cucaña se desliza un fardo lúgubre, el cadáver

de la aristócrata que se va no se sabe adonde, envuelto en la bandera de Francia, los tres colores revolucionarios reproducidos por la decoración de la naturaleza, rojo, azul y blanco.

¡Chap!

Parece que el océano dice algo, quizás también pregunte adonde irá la pobre condesa...

El *Mesopotamia*, que se ha detenido unos momentos, continúa su marcha y la acelera, como si le corriese prisa de alejarse de la muerte...

¡Chap! ¡chap!

De un grupo se eleva una voz conmovida:

—¡Adiós, condesa de Ferrières!

El ciego y la niña

EL ciego, que lo es de nacimiento, y su hija, una criatura precoz dotada de ese largo alcance adivinatorio que tienen los niños prodigios, capullos destinados a deshojarse antes de llegar a hacerse flores, están en un jardín a la hora plena del mediodía.

Y el desventurado dice a su adorable lazarillo, como aquel otro ciego de Mæterlinck en el drama sublime:

—*Me parece que oigo las estrellas...*

—No padre, no—le advierte la niña con un tono de maestro de párvulos que explica una lección de cosas al aire li-

bre. Las estrellas no se oyen: se ven...

—¡Desgraciado de mí que no puedo verlas!—gime el ciego.

—Se ven, pero ahora ni tú ni yo las podemos ver; aunque vieras, no las verías. Consuélate, padre. Yo no las veo. Es la hora del mediodía, y la naturaleza está muda y reconcentrada. Sólo brilla el Sol, que es el padre de todos. Las estrellas aparecen por la noche: son blancas, rojas y azules como los brillantes, los rubíes y los zafiros. Unas despiden pálidos fulgores de plata, otras vivos destellos de oro... Son como joyas en el escaparate de un joyero. La estrella de la tarde, divina flor luminosa, tardará todavía en hacerse presente...

—¡Ay! Yo no la veré...

—Sí, padre, sí, la verás por que yo la encenderé en tu alma.

—Mi alma es el reino de las tinieblas. Dime, niña mía, pregunta el ciego—; dime ¿cómo es el Sol?

—El sol es un globo enorme de fuego sagrado. En este instante luce deslumbrador sobre nuestras cabezas. Cae a plomo sobre este jardín lleno de rosas bonitas y coquetas como grandes damas. El Sol, enamorado, las seduce y las posee. Ellas lo adoran, no cabe duda...

—Las veo,—afirma el ciego con un énfasis infantil; las veo porque las posee mi olfato, como las posee la energía radiante y tiránica del Sol. ¡Pero dime más, dime más del Sol!

—Nada más podré decirte, padre. ¿No lo sientes dentro de tí mismo?

—Lo siento, pero nunca podré verlo...

—Ten fé, padre, ten esperanza, y yo te aseguro que lo verás...

—Tengo esperanza y fé, pero los hombres no tienen caridad. Dime como es la Luna,—suplica el ciego.

—La Luna,—dice la niña con la sencillez fantaseadora de su infantilidad,— la Luna es la hembra del Sol. Deben amar-

se mucho, pero ella no debe ser feliz. Siempre está pálida y triste como una mujer traicionada. Aparece de pronto en el tamaño y forma de una hoz delgadísima, y va creciendo, creciendo hasta completarse y redondearse. Luego disminuye poco a poco hasta convertirse otra vez en aguda guadaña, la guadaña de la Muerte, se va, y tarda muchas noches en volver. Su gran tristeza entristece nuestras noches. La alegría del Sol, en cambio, alegra nuestros días y nunca deja de venir con la alegre mañana. ¡Si vieras, padre, como se regocija la naturaleza cuando sale el Sol!

—¡Ayl ¡ay! Nunca lo veré...

—Ten fe, ten esperanza, y algún día lo verás...

—¿Cuándo? ¡Nunca, nuncal Pero dime, ¿cómo es el mar, hija mía?

—El mar es el agua sin fin que se aleja y se pierde lejos, muy lejos; ¿quién sabe en donde? Azul y blanco, como el

manto de Nuestra Señora... Trae a la playa sus olas, blancas como corderillos...

—No sé, no comprendo,—torna a gemir el sin ventura. Tú eres mi corderilla, y debes ponerte un lazo azul para parecerse al mar sereno que no veré nunca ..

—Ten fe, ten esperanza y verás...

—Tengo esperanza y fé, pero los hombres no tienen caridad. ¿Y los barcos? Díme como son los barcos...

—Son grandes mónstruos y pájaros graciosos que corren velozmente sobre el mar; los unos vomitando humaredas que ennegrecen el espacio, los otros batiendo alas de una blancura celestial que me recuerda la pureza de las hostias. Pero vistos de cerca, todos son sucios y feos.

—Y los aeroplanos, cómo son?

—También parecen pájaros, y suben, suben a perderse de vista, padre, por encima del mundo y de los hombres.

—Sí, sí,—dice el ciego; pero ¿cómo son los hombres?

—Padre, los hombres tienen dos piernas, dos manos, dos oídos...

—Eso lo conozco de un modo vago, por la palpación. Palpo mis piernas, mis brazos ..

—Tienen dos ojos...—sigue explicando la niña...

—Pero no vacíos y muertos como mis ojos,—gime el ciego, desesperado. Hija, díme: cómo eres tú?

—Soy una niña muy fea junto a un padre muy guapo...

—Cállate, cállate... No lo creo. Tú eres mi lucero matutino que nunca veré... ¿Y dices que soy guapo?

—Semejante a una estatua, y las estatuas son ciegas como tú.

—Si eres fea, mi ceguera te ve hermosa; pero quisiera verte con mis ojos resucitados, porque, aunque fueras horrible, hermosa te vería mi amor paternal.

Si soy guapo, ¿de qué me sirve mi belleza que no veo y que ven los demás apagada y fría cual la de las estátuas? ¡Sálveme Dios!

—Padre, padre,—exclama la niña— porque no me preguntas como es Dios? Si me lo preguntaras no sabría decirlo...

—¡Oh! dice el ciego, asaltado de una repentina inspiración teológica, admirable en su negra ignorancia. Es que lo veo. Si fueras ciega tú también lo verías. Lo que te faltara, lo que me falta a mí, tu vista interior lo encontraría en El, que es el Todo.

La mujer sin nombre

CAMINABA Nuestro Señor Jesucristo por las orillas del mar de Galilea entre las sombras de un crepúsculo que era como un débil grito de muerte en aquellas tierras lívidas y soledades desoladas. La presencia de Cristo, sin embargo, lo esclarecía: sus pasos despertaban ecos sonoros que iban a perderse en lo más lejano como llamamiento a la vida nueva. La ceniza de los montes ponía un fondo tétrico al paisaje, una maldición sobre la cual caía piadosa la bendición de la mirada de Jesús. ¡Escenario de tragedia,

llo de horror trágico! Seguíanle tres apóstoles, en cuyo número figuraba Juan, el más adicto, el más bello.

Según avanzaba el luminoso grupo, se animaba y vitalizaba el Mar Muerto en su cárcel de piedra y fango. Resplandecía como un espejo al reflejar una imagen resplandeciente. La inmensa lámina acerada despedía vivos destellos, rayos lanzados contra la noche. La palabra de Jesucristo subía volando y, al descender, anidaba en el espíritu de sus discípulos, los deslumbraba, los fecundaba; siembra de ideas redentoras que volaban también como palomas mensajeras hacia el antiguo mundo para despertarlo y salvarlo. El Maestro discurría acerca del amor, el más divino de sus temas divinos, y se dirigía particularmente a Juan, que era quién mejor le comprendía porque era sin duda el que más amaba y le amaba.

La elocuencia salía del corazón co-

mo raudal purísimo que se desborda. Y los tres apóstoles escuchábanle en éxtasis poseídos de su bondad y su dulzura.

- Amáos los unos a los otros,—repetía el Señor mirando a Juan que le devoraba con los ojos. Y Juan, mirándole, absorvía su doctrina redentora. Los tres callaban. ¿Qué podían ellos decir? Sus bocas hablaban sin abrirse. Bebían el Evangelio.

Avanzando por la ribera pedregosa y desierta, vieron que se acercaba una mujer: los brazos implorantes extendidos, la cabellera al viento... Se acercaba como una furia; sus voces escandalizaban la naturaleza que, aunque ya medio dormida, estaba atenta a la predicación de Jesucristo.

—Señor, esa mujer es una loca extravagante y sacrílega. Ha entendido tu enseñanza al revés; la practica desordenadamente, ama demasiado... Creyendo que la perdonarás por amar mucho, co-

mo perdonaste a Magdalena, entrega su amor a todos. En resumen no ama a nadie, porque se dá... Nació en Betania. Residió en Roma y fué manceba del César Tiberio. También ha sido de Herodes, y los centurianos y los soldados de la guardia saben de sus liviandades. La conocen las piedras de todos los caminos que conducen al mal.

—¿Quién eres tú?—le preguntó Jesús con mansedumbre.

La mujer se aproximó hasta tocar la túnica del Maestro, se arrodilló y respondió:

—Señor y dueño mío, yo no soy; fui... Por seguir tus consejos he amado demasiado a los hombres, no lo negaré... Mi vida ha sido perpetua orgía erótica. Pagaron mal el amor barato que les dí sin mirar lo que les daba, y me han olvidado después de pervertirme. Ya *no tengo precio*... Sola, como una perra abandonada, recorro los caminos. Al

fin encontré el tuyo, que es el de la sabiduría y la salvación. Ví pasar la Luz... Sálvame, como a Magdalena.

—Yo te quiero salvar--dijo Jesús; pero es necesario que tú también lo quieras...

—Mi voluntad, Señor, se siente atraída por el imán de la tuya. Quiero, quiero, quiero... Ahora no amo a los hombres sino a los niños, el porvenir. Tú lo dijiste, y yo te obedezco: los busco para amarlos como una madre que pudiera engendrarlos, protegerlos a todos, hacerlos suyos infundiéndoles su propia alma. He sido estéril y soy fecunda por el milagro de tu amor que quebranta las peñas. Ellos vienen a mí y yo los cubro y caliento con el calor de mi gran maternidad voluntaria, inagotable... Soy una peña quebrantada por tu amor...

Los niños son los lirios de Judea; pero el aire de Judea es enemigo de los lirios. Ninguno de los que prohié, se me logró. Están malditos mis senos peca-

dores, y no encuentro un hijo en la vasta extensión de Palestina. Ni en toda la redondez del mundo lo encontraré. ¡Dá-me, Señor, un niño a quién amar, ya que dejé de amar a los hombres!

Vuelos de pájaros nocturnos trazaban signos cabalísticos en el aire pesado, adormecido, agobiante. La tristeza de la hora entristecía las cosas. Se borraba la realidad terrena. Allá a lo lejos, sentíase agonizar a Jerusalén.

La loca hablaba en el colmo de la desesperación y el desvarío, y hablaba con ella, loco, el inmenso dolor humano. Era una pecadora muerta a orillas del Mar Muerto.

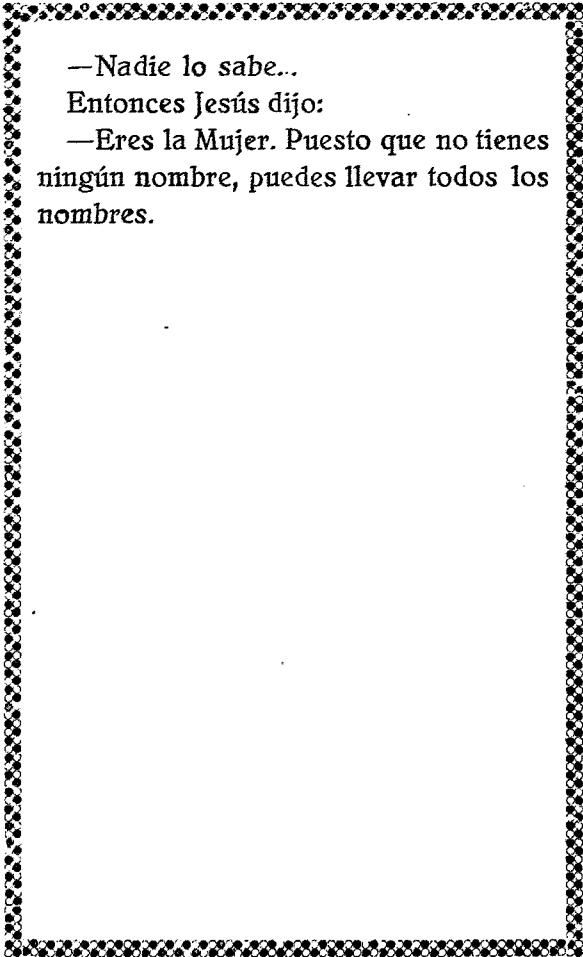
Jesús le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Señor, no lo sé—respondió la pecadora.

—Nadie sabe como se llama,—añadió Juan.

Los otros dos discípulos confirmaron:



—Nadie lo sabe..
Entonces Jesús dijo:
—Eres la Mujer. Puesto que no tienes
ningún nombre, puedes llevar todos los
nombres.

El niño que se encontró con Jesús

AQUEL pobre niño no había conocido en la cuna el amor de la maternidad, que es la sonrisa de Dios iluminando y protegiendo a la infancia. Huérfano casi desde el punto de nacer, sus padres sólo pudieron engendrarlo: surgió a la vida como una florecilla en un desierto barrido por la tempestad. Recogieronle unos vecinos piadosos que no tardaron en arrepentirse de su buena acción. Eran pobres, y la pobreza no puede con su propia carga. Si se le añade algún peso extraño, aunque sea leve e ínfimo, los hombros que la soportan se rinden. Pa-

ra aligerarla, se sacuden. Y deponen y entregan al azar, implacables, el ser o la cosa agravadores de la pesadumbre. La miseria compasiva pronto deja de serlo, porque se compadece demasiado de sí misma. La miseria no tiene entrañas, porque las tiene hechas pedazos.

Los amparadores del niño de mi cuento hicieron por la criatura recogida todo lo que pudieron. Mientras duró el período de lactancia, la mujer, madre de muchos hijos, mantúvolo a sus pechos cómo uno más de la copiosa prole; le dió el jugo nutricio y algún amante beso hurtado a los suyos. El hombre, un trabajador enemigo del trabajo, que apenas le procuraba mantenimiento, vió en el huerfanillo un estorbo y una amenaza. Con refunfuños toleraba su presencia, por el qué dirían las gentes. Las gentes decían que aquella familia humilde, sin recursos, había tenido un rasgo heroico, y que la adopción era una locura subli-

me. Al obrero le gustaba que lo dijeran: a su esposa le gustaba también oír su nombre en bocas que lo bendecían.

Cuando el angelito adoptado se encontró en condiciones de andar con sus propios pies por el mundo adelante, de ir hacia la selva social preñada de peligros temerosos, le abrieron la puerta, le pusieron un pan en la mano y le dijeron, siempre compasivos pero discretos: —¡Dios te ampare!

Echaron de la jaula al pajarillo todavía implume. Y expresando su egoísmo, no menos heroico que su abnegación desengañada, en una frase definitiva, agregaron para sus respectivos sayos, mientras el pequeño salía y tropezaba en la primera piedra:

—¡Nosotros no te engendramos!

Sin engendrarlo — pensaban; — le habían tenido algunos años bajo su techo, le habían alimentado, le habían asistido en su mortal abandono. La mujer se to-

caba los senos ubérrimos, y decía.

—Aquí se nutrió, igual que mis cachorros.

El hombre recordaba con ternura que él lo había traído en sus brazos como un regalo de Páscoa, desde el hogar en ruínas donde nació en mala hora, al turgurio donde encontró calor hospitalario.

—Pero esto ya no podía prolongarse—concluyó--; hicimos lo que pudimos, y aún más de lo posible. Lo que le dábamos se lo quitábamos a nuestros hijos. El Señor no abandona a sus criaturas. Roguémosle que no lo desampare, y que la suerte le sea propicial

Esta plegaria fué la oración fúnebre de aquella infantilidad lanzada impíamente a lo desconocido. Una bendición sobre un crimen. El pepueño avanzó entre las gentes atareadas e impasibles, que no le veían o le apartaban a punta-piés de su ruta. Iba tambaleándose sobre sus débiles piernecitas, como si hi-

ciera los primeros pinitos. Sus pasos inciertos le llevaban a la ventura por el torbellino de las calles henchidas de muchedumbre e hirvientes de vida febril. No sabía adonde iba...

Tropezó con un mozo de cordel cargado como un burro, que le dió un manotazo y le gritó: ¡Anda a la escuela! Una vieja comadre le acarició tirándole de las orejas, y le preguntó:—¿Donde robaste ese pan, granujilla? El niño sintió entonces el aguijón del hambre, sentóse en el quicio de un portal, y devoró el mendrugo. Se le acercó un mendigo y se lo quitó de la boca. El niño lloró, pero no dijo nada. Levantóse y siguió su camino aterrorizado. Entró en un parque público; se acercó a un corro infantil que parecía un coro de querubines. Los pequeñuelos, muy bien vestidos, frescos, sonrosados como capullos de rosas, jugaban alocadamente bajo la guarda e inspección de sus ayos e insti-

tutrices. Tenían hermosos juguetes, pintarrajeados balones, finas redes para cazar pajarillos. Echaban migajas de dulces a los pececillos de un estanque, claro como un espejo. El huérfano miróse el rostro sucio en el agua limpia mientras los otros se miraban también, y al verse feo y haraposo, y al compararse, se echó a llorar. Los tiernos jugadores rieron. Destacóse uno del grupo, y empujó al recién llegado con todo el ímpetu que le permitía su debilidad de infante lujoso y mimoso, tan audaz como endeble. Los demás palmotearon. Querían arrojarlo al estanque para divertirse: si no acuden los guardias, hubieran cumplido su mal propósito, porque todos se unieron y se conjuraron contra el hijo del azar. El huérfano, hambriento, les tendió la mano imploradora, y aquel ademán mudo, que hubiera hecho llorar a las piedras, si las piedras lloraran, hizo reír de nuevo a los belicosos

angelitos. Le tiraron puñados de arena; intentaron pegarle, arañarle, morderle. El huérfano huyó, silbado, perseguido...

Y, al correr por una avenida, en poco estuvo que le aplastara un automóvil. Una dama muy bella y muy elegante que iba en aquel suntuoso coche como en triunfo, le lanzó la más desdeñosa de las miradas y le gritó:

—¡Arrapiezo! ¡Véte a un asilo!

El desdichado pensó en su madre, por primera vez. Y esta idea confortadora, enternecedora, le hirió en el corazón. La sentía sin comprenderla. ¿Donde estaba su madre? Entre la mujer que le había prohiado y abandonado, y la mujer que le había amenazado e insultado, existiría otra, capaz de socorrerle y amarle?

Así pasaron, para él, lentas y enemigas las horas. De pronto vióse fuera de la ciudad, en el campo ya obscurecido por las sombras del crepúsculo.

Tuvo miedo, un miedo infantil indefinible. Los cuentos de brujas, duendes y fantasmas con que sus padres adoptivos mecieran sus sueños y calmaran sus inquietudes en la casa de donde le habían arrojado, pusieron sitio a su imaginación. Sintió ansias locas de correr, y corrió en efecto cuanto se lo permitían sus piernas débiles como juncos. Corrió hacia la noche que se entraba amenazadora y le insinuaba: ¡corre más! ¡corre más! El niño precipitó su carrera en las tinieblas, cayó exhausto y se durmió entre unos matorrales espinosos. El sueño, gran amigo de los desventurados, acudió en su ayuda. Le cerró los ojos cuando en el cielo se encendían las pupilas deslumbrantes de las primeras estrellas, que tenían para él miradas de misericordia. El así lo creyó, y pidió en su inconsciencia favor a los poderes misteriosos de allá arriba. Durmió profundamente hasta que le despertó el alba, ves-

tida de perlas y zafiros, idealmente bella...

Junto al niño cantaba un arroyo su canción matinal en voz muy baja, como si le arrullase o le bendijese. Un hombre alto, rubio, de aspecto bondadoso, con una cabellera de rayos de sol, vestido de una blanca túnica que resplandecía como si estuviese tejida de luz, se inclinaba sobre su cabeza y le tenía asidas las manos. ¿Sería su padre? Dióle un beso larguísimo, dulcísimo, y le habló así:

—¡Pobrecito, pobrecito mío! No quiero que sufras. Ven al coro de mis ángeles.

Un incendio en un manicomio

CUANDO se declaró el incendio en la casa de Orates, los locos estaban paseando por el jardín. Era el recreo del mediodía, palabra mal aplicada a aquella reunión de insanos que decían y realizaban las cosas más extravagantes en el reino de la Locura. Tampoco resultaría exacto afirmar que paseaban, pues *loqueaban*, ni llamar jardín al cuadrado de tierra devastada por su brutalidad instintiva, donde se entregaban a los mayores delirios y aberraciones. Ninguno de los conceptos del mundo razonable y razonante, tiene significación

recta en un manicomio, que es un pequeño infierno de excentricidades peligrosas y sangrientas rebeldías. Allí anda suelto el Diablo, gran loquero. Tampoco se puede decir que los reclusos vivan ni piensen. ¿Vivir, cuando todas las funciones vitales se han perturbado? ¿Pensar, con el cerebro en ruinas, con el espíritu en tinieblas que solo esclarecen siniestros chispazos de enagenación arremetedoras. Se han fugado de la vida y su pensamiento es un caos mental.

Un loco le pegó fuego a un pabellón del vasto edificio que a todos servía de cárcel. Quiso ver como se producían las llamas, y quiso apagarlas luego, pero no se le ocurrió otro medio de extinción que el de escupir encima. El loco salivaba fuertemente, mientras el incendio crecía y le rodeaba. Los vigilantes y asistentes, víctimas de la frenética turba, habían sido, unos asesinados (¿habrá propiedad en el empleo de esta palabra?),

otros encerrados. No pensó el incendiario (¿habra propiedad?) un momento en huir ni en pedir socorro. Convencido de que, cuando él quisiera, acabaría el desastre por él provocado, permaneció entre las lenguas ígneas tratando de vencerlas. Y hasta se propuso agarrarlas, en cuyo propósito imposible insistió, quemándose al fin, y pereciendo...

Los demás atraídos pero no sobresaltados por los violentos resplandores que iluminaban el jardín, corrieron hacia el pabellón incendiado. Bailaron una «loca» zarabanda, algunos intentaron también coger las llamas, y se abrasaron. Otros arrastraron el cuerpo del loco incendiario, ya casi hecho cenizas y le echaron maldiciones:

—¡Muera Satanás!—gritaban.

Satanás estaba bien muerto.

Otros llevaron agua del estanquillo próximo, y la arrojaron sobre la gigantesca hoguera con jeringas del gabinete clínico que saquearon.

Otros vociferaban:

—¡Busquen al doctor y bautícenlo con ese fuego bendito!

Otros:—¡Traigan agua bendita!

Otros:— ¡Hermanos, espectoremos y oremos!

—Otros:—¡Vamos a purificarnos, que hoy es Sábado Santo, y el divino purificador se renueva! ¡Arrodillémonos!

Todos se arrodillaron. Había que verlos en su actitud prosternada y humilde, imagen de la calma después de la tormenta.

Una loca que cometió numerosos pecados de amor y celos, aproximóse al foco ardiente, abrasóse en él las manos, y exclamó, fijos los ojos en el cielo enrojecido:

—Así me quemé. Quémense todos. Hagámonos áscuas. ¡Al brasero! ¡al brasero!

Parecía una euménide. Por último, en aquella asamblea de la locura, irritada

por un peligro que nadie comprendía, alguien aconsejó:

—Lo que se ha de hacer, compañeros, es declarar la guerra al fuego y atacarlo en sus propios dominios. El que no sea cobarde que me siga...

Y todos los locos, armados con lo que pudieron apañar, se lanzaron contra el *enemigo*... Unos lo apalearon, otros le dieron puntapiés, otros, más audaces, intentaron habérselas con él «cara a cara».

Y todos sucumbieron como valientes...

La demente amorosa murió repitiendo su grito de combate:

—Así me quemé yo... Hagámonos ascuas.

No me dura un año...

DESDE hacía mucho tiempo no se hablaba en el barrio de otra cosa que del próximo matrimonio de Petrilla, una muchacha lozana y vivaz, que apenas contaría quince años. Su madre, la Pepa, mujer de larga vista, criada suelta, de esas que van a servir por un módico estipendio y duermen en su casa, la quería casar a toda costa, lo antes posible. Me corre mucha prisa—decía la madre—y la moza agregaba inmediatamente que a ella también.

Las dos hacían sus preparativos con la premura propia del caso perentorio,

mientras las vecinas murmuraban y comentaban.

Esto es un sacrilegio,--convenían todas. La chica es una fruta verde. No se halla en sazón. ¿Porqué no esperar a que grane y madure? Tenga paciencia el novio. Todo llegará.

Y así, por tal estilo, eran las murmuraciones y los comentarios de la vecindad. El novio, un mozuelo de pocos más meses que su prometida, obrerillo del carbón, tampoco quería esperar. Antes de que le cogieran *para servir al Rey*, antes de que le apuntara el bozo varonil, había de ponerse el sagrado yugo. Y a sus compañeros de oficio les manifestaba en el tono de las graves confidencias:

—La plaza está muy solicitada. Hay moros por la costa.

Con estos anuncios y chismes, y con las idas y venidas, vueltas y revueltas de la tramitación para las tempranas

nupcias, estaba que ardía el vecindario. Las gentes se acostaban y se levantaban con el nombre de Petrilla en la boca. Es una *iniquidá*, afirmaban una y otra vez, como si se preparase un crimen. Los carboneros, amigos de José, el prometido, habían dispuesto una buena *caracoleada* para solemnizar el bodorrio. *El asunto* a todos pertenecía.

Y los omros de la costa andaban afanados, cual si les arrebataran una presa que creyeron segura. El contrabando se les escapaba. Las comadres, de acuerdo sobre el punto fundamental del negocio, decían también:

—Si habían de llevársela esos herejes, que se la lleve Pepillo.

Pero la madre, interrogada e increpada constantemente, fué la que dió con maestría el último toque. Ya el cuadro estaba completo. La madre declaró:

—Si no la caso ahora, *a tirito*, no me dura un año...

Una cita trágica

(Cuento rápido)

EL conde del Pantano era un hombre que, poseído de una pasión, la alimentaba como una llama devoradora sin retroceder ante los peligros de la combustión ni ante los medios de avivarla y acrecerla. El amor en tales temperamentos es incendio inextinguible. Todo lo consume, hasta la honra, materia grave y leve, abriendo caminos tortuosos para llegar a su fin: el robo de alguna joya entre las cenizas... Esos caminos erizados de maleza, se juntan fuera de la zona de la honorabilidad social. Los ca-

balleros que los transitan dejan de serlo *íproso facto*, y se hacen bandidos....

El conde no vacilaba en recorrerlos a paso acelerado. Sabía que el amor es ejercicio venatorio y que el niño ciego, cazador furtivo, dispara y hiere oculto entre los recodos de las sendas extraviadas... El conde le arrebatava las flechas y las disparaba en todas direcciones buscando siempre el blanco de un corazón femenino.

Le sobrenombraban el Conquistador, como a ciertos reyes guerreros. Sus conquistas, menos gloriosas que las de Guillermo y Jaime, la formaban sin embargo una aureola legendaria entre los aficionados a semejante cacería. Y su servidumbre, menos conocedora de la historia que del teatro romántico, llamábale don Juan Tenorio. Para el vulgo doméstico el héroe de Zorrilla encarna todos los amoríos ilegales, todas las aventuras canallescas. Raptar a doña Inés le

parece el más hermoso triunfo en la más noble guerra.

El del Pantano había, como su maestro, subido a los palacios y bajado a las cabañas; había matado a varios Comendadores y había puesto al público no pocos carteles de desafío. *Las piezas cobradas* permanecían vivas en su recuerdo. Del mismo modo, para el cazador *a nativitate* nunca mueren las víctimas de su escopeta. Aún después de haberlas devorado, las ve vivir y correr en medio de los ojeos, los disparos y los ladridos de los perros. Las resucita.

El conde resucitaba las suyas deleitosamente. Las modistillas no resistían, por lo común, aquellas artes seductoras. Las deslumbraba con el prestigio de su figura, en seguida las tentaba con su dinero todo-poderoso, y finalmente las subyugaba y vencía con su audacia imponderable. Sus golpes de ultimación no marraban jamás. Sólo una del pri-

mer género indicado le había opuesto resistencia. Al llevar un traje a su señora—porque el conde estaba casado,—quizo el nuevo don Juan seducirla de un golpe atrevidísimo. Le dirigió una sonrisa magistral, dardo muy agudo, y trató de deslizar un billete de cien pesetas en la falda de la muchacha, sorprendida... Ella se irguió y le lanzó al rostro esta réplica clásica que aprendiera en sus libritos:

—*Para esposa vuestra, poco; para dama vuestra, mucho...*

Y el Conquistador, por primera vez, quedó derrotado pero no vencido.

Prosiguió sus cacerías apuntando más alto...

La marquesa de la Alberca, una mundana lujosa, del tipo de las que *pecan por la paga*, de las que se dejan seducir

porque las tienta el demonio de la vanidad y no pueden satisfacerla sin la ayuda de un amante, puso oídos de mercader a las solicitudes y galanteos del conde: oídos de mercader que escucha, medita y acepta el trato. También estaba casada, pero como si no lo estuviera. Su marido era, simplemente, el marqués de la Alberca, un pobre diablo: le dió su título, y no pudo darle ninguna otra cosa. Arruinado e inepto, se adhirió a su cónyuge, quien no tardó en sacudírselo y ponerle sustituto. La marquesa se lo había quitado todo, inclusive aquello que, según dicen, no llegó a perder Francisco I en la batalla de Pavía...

Una carta de la marquesa al conde, documento valioso, puso fin a las negociaciones:

—«Yo no soy una cortesana, aunque frecuento la corte, amigo mío. Soy una mujer casada que no tiene marido, porque ese maniquí no es un hombre, ni si-

quiera una pantalla o un pararrayos. Su sombra no alcanza a cubrirme. Además, él y yo estamos en la miseria. Y la miseria nos mata a los dos. Quiero salvarme, aunque él se pierda, ¡bien lo merecel»

Después de esto, ya había poco que decir o que escribir. Las artes de seducción del conde del Pantano le granjearon esa nueva conquista, menos importante que la de Valencia o la de Granada en tiempo de los moros. Hubo en el negocio una celestina que nada tuvo que zurcir en realidad, mediaron otras dos o tres cartas aclaratorias de gran valor histórico, y se concertó una primera entrevista en el jardín de la marquesa, al claro de luna... La presencia de la luna, cómplice discreta, no podía excusarse... Todo se había preparado para la caída, o mejor dicho para el deslizamiento rápido y fácil... Junto a un pabellón versallesco un árbol anciano—¡otro cómplice

con la agravante de la vejez! —debía ser testigo del encuentro amoroso...

Acudió puntual el conde. En el aire tibio, empezaba a mugir la tempestad, venida de occidente. La noche, enemiga como una amenaza, llena de funestos presagios y caritativas advertencias, le dió este consejo: ¡detente, don Juan Tenorio! El conde no se detuvo. Los cazadores furtivos del amor nunca se detienen. En la casa notábase la agitación, el desorden y el bullicio que producen los grandes acontecimientos. El pánico de las retiradas y las derrotas.

Al llegar junto a la verja, una doncella apostada allí para recibirle, dijo al conde entre sollozos:

—*La señora acaba de morir.*

La flor más hermosa y la fruta más amarga

ERASE un rey que amaba las frutas y las flores mucho más que a sus vasallos. Y un día asaltóle el capricho de averiguar donde estaba la flor más bella y donde se producía la fruta más amarga.

Por si solo no podía saberlo el rey: necesitaba el consejo y la ayuda de uno de esos sabios zahorines que en dos palabras descifran el secreto de las mayores reconditeces y obscuridades. No ignoraba cuales eran entre sus siervos postrados en la idolatría de su poder, los más amargos y los más hermosos.

Como un hortelano que conoce bien su huerto, aquel monarca decía a los pobladores de sus dominios:—Tú exhalas el perfume de la bondad y de la virtud, O, por el contrario:—tú hueles mal, tú *sabes* a demonios.

Y, aunque conocía los olores y sabores de la naturaleza humana, no lograba darse cuenta de donde se encontraba la más hermosa flor y el más amargo fruto. En floricultura y cultivo hortense no pasaba de la categoría de *pez*, según suele decirse.

Cogía una magnificente rosa, y parecíale feísima. La asafétida le encantaba. Detestaba las fresas y cerezas, y en cambio saboreaba, goloso, las bellotas y las almendras amargas.

Viendo que los demás gustaban al revés e invertían términos y valores florales y frutales, S. M. hacíase lo que vulgarmente llamamos un lío.

Y quiso ser aleccionado, desengañado.

Para ello consultó a un viejo sabihondo que tenía aposentamiento en palacio y desempeñaba oficios de *magister* de cámara. El rey no le trataba bien, por cierto. Siempre los reyes desdeñaron a los sabios, aunque los consultaran e importunaran con sus peticiones. Este sabio recibió en cambio de sus servicios, muchos puntapiés de su rey.

Llamóle S. M., apurado por sus incertidumbres gustativas y olfatorias, y le dijo:—Te he llamado para que me averigües en donde están la mejor flor y la fruta más amarga. Porque yo no lo sé, y me importa saberlo. Si me aclaras el punto, te daré la fruta; si no me lo aclaras, te mandaré dar cien azotes. La flor ha de ser para mí solamente. Las flores no se han hecho para doctores. ¡Eclípsate!

Se eclipsó el sabio, y de allí a poco, volvió acompañado de un niño bellísimo como un querubín, suave, puro y fresco como un capullo en la madrugada.

El rey que le vió llegar en semejante compañía, se sorprendió. Y le dijo:

—¿Dónde están, pues, la flor más bella y el fruto más amargo?

—Aquí están señor, — respondió el buen viejo. La flor más bella es este ángel, mi nietecito... La fruta más amarga es la experiencia. Y yo soy la experiencia: mírame, óyeme...

El rey, sin comprender, creyendo que el sabio se burlaba, mandó le dieran los cien palos prometidos...

La venganza de la Cruz

LA cruz, elevada, erguida y magestuosa sobre una cumbre como un centinela divino, dominaba toda la comarca. A sus pies, un valle ofrecíale en tributo la regia alfombra de sus cercados y sus mieses que salpicaba de manchas multicolores la primavera recién venida. ¡Pintura y música de los campos! Los regatos cantaban alegres al correr hacia las tierras labradías, y en su corriente bulliciosa se miraban los juncales, los cañaverales enfilados a lo largo de las acequias, mecidos por suave brisa matinal. El canto de los pajarillos, despiertos desde el alba, rimaba armoniosamente

con el murmullo de las aguas encauzadas en sus lechos verdosos. Cantaba toda la naturaleza.

Voces acordes y rumores dispersos fundíanse en una gran plegaria jubilar, *la oración de la mañana*. Los rebaños pacían en las alturas, y las matizaban de blanco. Se habían ausentado todas las estrellas. Los labriegos, la canción monótona en los labios, en las manos los instrumentos de labranza, discurrían por los senderos, húmedos del rocío de la noche. Repicaba a lo lejos una campana mañanera, cual si saludase el nacimiento del sol, en cuna de nacar y oro, bajo un pabellón de nubes limpísimas, como un emperador asiático. El campo se desperezaba; sonreía la Gloria en el horizonte. Un rayo luminoso, recto y tendido como una gran espada sobre un cerro, mezclaba su oro deslumbrador con el oro pálido de los trigales, que reventaban de salud.

Era la obertura del poema sinfónico del día.

Entre los obreros campesinos pasó un grupo de cazadores, gente armada y gozosa que puso una nota guerrera en la música pastoril del amanecer. Iban a paso acelerado. Perros y hombres llevaban prisa de entregarse a la matanza: en sus ojos ardían llamaradas de un júbilo salvaje, el mismo que enciende la mirada de los caudillos cuando la tropa enemiga está a la vista y el demonio de la guerra los posee. La campana seguía llamando, piadosa; parecía decir a los cazadores ¡deteneos! Un remolino de sayas junto a la humilde iglesia semejaba el tumulto medroso de un rebaño que acude al llamamiento del pastor.

Saltó de un matorral un conejo, y emprendió desesperadamente una carrera frenética.

Un cazador disparó contra el fugitivo lanzando un grito de triunfo. El conejo

desapareció. Los perros no pudieron atraparlo, y regresaron jadeantes, la lengua fuera, después de explorar y husmear las cercanías.

—Mal empieza la jornada,—dijo otro del grupo perseguidor mientras preparaba su escopeta.

Empezaba bien, en cambio, para los conejos. Tras la pieza huída y perdida, ninguna otra apareció.

Los cazadores avanzaban hacia la cruz, símbolo de amor y caridad en lo más alto... El sol la besaba con sus primeros destellos...

Transcurrió todo el día, un día claro y bello, sin que lograran satisfacer su apetito de carne y sangre. De vez en cuando, surgía una liebre, escurriéndose entre las patas de los lebreles, burlaba su persecución y los tiros de los cazadores,

hasta que finalmente desvaneciase en lo lejano misterioso. Dijérase que las bestezuelas estaban protegidas por el signo augusto de la Redención.

La cruz se había envuelto en sombras, como si quisiera ocultarse. La campana de la ermita volvió a sonar con el toque dulcísimo del *Angelus*...

Así corrieron las horas, estériles para la carnicería y la muerte. El campo se obscureció, el canto de la mañana, himno de la vida renaciente, se convirtió en el *de profundis* de la naturaleza que la noche hace morir.

Los cazadores habían perdido su tiempo, su trabajo y sus cartuchos. Sentíanse fracasados, derrotados.

Uno de ellos propuso entonces:

—Disparemos contra la cruz. Ella tiene la culpa de nuestro fracaso.

Y dispararon todos, iluminando siniestramente el crepúsculo que bajaba de los montes.

La cruz se había desembozado, y recibía el último beso del sol. Nunca se la vió más serena ni más triste. Desde uno de sus brazos una golondrina cayó muerta.

¡Una de aquellas avecicas encantadoras que santificó la sangre del Crucificado, porque asistieron piadosas a su martirio!

Rodó como una flor obscura.

Los cazadores, por fin, habían cobrado pieza.

La lámpara maravillosa

AL fulgor de aquella lámpara, el niño había entrevisto unas lejanías celestes, espolvoreadas de oro, por donde volaban como mariposas multicolores sus sueños infantiles. El radio luminoso era inmenso: la lámpara de Aladino iluminaba todo lo futuro. En remotos días por llegar, veía el infante, atraído por la mágica combustión, hacerse realidades sus ensoñaciones. Y cuajarse como una gigantesca piedra preciosa su personalidad, germen vagabundo en el caos de la inconsciencia.

Dormíase en brazos de su madre o su nodriza, y al despertar risueño o lloro-

so, según las alternativas de la infancia tan fácil a la risa como al llanto sin saber porque ríe ni porque llora, se calmaba su llanto, su júbilo aumentaba contemplando la luz de la lámpara cada vez más viva.

Danzaban en sus rayos deslumbradores esas florescencias ígneas que forman arabescos y bordan la visión encantada de los niños.

El niño aquél no sabía lo que significaba el gran baile de luciérnagas en la atmósfera de la matinal de la vida—ninguno lo sabe;—pero miraba, miraba, miraba contentísimo. Y la luz de la lámpara crecía, crecía, crecía...

Decíale su madre:

—¿Ves algo, hijo mío? Duérmete.

Pero él, feliz en su insomnio, no podía darle una respuesta satisfactoria.

Faltábale la palabra, y tenía obscuro el cerebro.

Un minuto después, la juventud le coronó de ilusiones, hermosas azucenas.

Y, aunque ya no bailaban en el espacio abarcado por la luminosidad de la lámpara abadinesca las doradas e inquietas sierpecillas, el joven veía a lo lejos cuajarse y levantarse su personalidad, que se iba dibujando, definiendo netamente...

Pero la luz decrecía.

—Y díjole su madre:—¿Ves algo hijo mío? Cálmate.

El joven pudo responderle lo que no pudo el niño con sus labios cerrados por la impotencia inicial.

—Veo, madre mía, veo...: pero no lo que veía desde la cuna. Y mi visión deslumbradora está mezclada de sobresaltos, incertidumbres y peligros. Temo no llegar, o llegar tarde.

Al cabo de otro minuto, la trémula vez con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba, miraba y no veía...

La lámpara, moribunda, iba a extinguirse. Ni arabescos dorados en el radio luminoso, ni guirnaldas de ilusiones, dígame azucenas en la frente juvenil, tersa y blanca como un buen sueño de la buena mocedad.

La madre nada preguntó. Ya no existía. Un soplo del Invierno, viejecillo temblón, caduco, desapacible, apagó la lámpara.

El anciano dijo, llorando:

—No veo nada de lo que ví... ¿Se ha muerto la luz, o se han muerto mis ojos?

Lo que se había muerto era la Esperanza.

El buen discípulo

ENTRE los alumnos que concurrían a la escuela de Don Honorio con intermitencias y escapadas demasiado frecuentes, había un niño que llamó desde el principio la atención del maestro. Para llamársela, teniéndola tan repartida entre tantos discípulos traviosos y cerriles, era necesario que aquella criatura fuese muy distinta de sus camaradas de infancia y de confinamiento escolar.

Efectivamente, el muchacho distinguíase por diversas cualidades, raras en su edad temprana. Genio tranquilo, ánimo reposado, mansedumbre ovejuna, continua asistencia, docilidad y compa-

ñerismo a prueba de picardías; esas picardías no siempre inocentes, si ambos términos pueden unirse, que revelan en la naturaleza infantil la índole del hombre futuro. Soportaba silencioso, resignado, las travesuras de que le hacían objeto sus colegas, y les respondía y trataba con dulzura inalterable: Si llegaban al colmo las maldades instintivas de sus compañeros de prisión, el chiquillo lloraba, pero nada decía. Entonces don Honorio, el maestro, propinaba unos palmetasos o unos coscorrones a los culpables, y decía al maltratado:

—No seas tan infeliz. No te dejes pegar: pégalos.

Pepito, así se llamaba aquel ángel, guardábase muy bien de seguir el consejo un poco revolucionario de su preceptor, y los otros, envalentonados, arriaban en sus truhanerías. Una vez le untaron de tinta toda la cara, le pusieron negro, y don Honorio, después de

lavarlo en la acequia próxima y besarlo cariñosamente, amonestó a sus enemigos:

—Eso es una judiada. Si la repetís, yo os entintaré a todos, uno por uno, y os trataré como si fuérais negros. Pedidle perdón.

Los cachi-diablos, de malísima gana, se allegaron al ofendido, y le pidieron que los perdonase. Uno, mientras realizaba el acto de arrepentimiento, le pellizcó una pierna.

Pepito, como de costumbre, callóse. Pero don Honorio se percató del nuevo agravio, y descargó con gran furia la palmeta sobre las espaldas del pellizcador. Luego le hizo ponerse de rodillas y, arrodillado, le obligó a besar el suelo, delante de Pepito, que temblaba y sollozaba.

Don Honorio tenía, como se ve, una alta idea de la justicia.

Aquel día célebre, entre lavar al em-

badurnado, sermonear y castigar a los embadurnadores, meditar acerca de la bondad niñez, y cumplir los deberes magisteriales, resultó que no hubo escuela. Y otros muchos más, por causa involuntaria de Pepito, no la hubo tampoco.

Los padres de los chiquitines, enterados de lo que sucedía, en lugar de echarse la culpa a sí propios y echársela a sus hijos rebeldes, se la echaban al pobre Pepito.

Y éste llegó a gozar en los hogares del villorrio una triste fama. Los padres aseguraban, indignados:

—El maestro sólo tiene ojos para Pepito. Es inútil que nuestros cachorros vayan a una escuela donde no se les enseña nada y se les pega por darle gusto a un niño imbécil.

Fué disminuyendo la asistencia escolar, hasta quedar limitada a tres o cuatro serafines que, exacerbados, y encarnizados, no dejaban vivir a Pepito.

El maestro zurraba a los malignos ne-
nes y protegía y desagraviaba cada vez
con mayor decisión a su víctima inde-
fensa.

Por último, nadie estudió allí ni apren-
dió; ni el maestro enseñó otra cosa más
que la práctica de la caridad cristiana,
las obras de misericordia.

La asistencia redujose a la simpática
y dolorida persona de Pepito. Ausentá-
ronse los últimos verdugos, porque sus
padres se convencieron de que ni el
maestro servía para enseñar, ni Pepito,
el imbécil, tendría enmienda, y dijo a Pe-
pito el maestro:

—Ahora que estamos solos, pobreci-
to de mi alma, seré todo tuyo.

Quiso enseñarle cuanto sabía. El ni-
ño siguió yendo a la escuela (nunca se
había fugado); pero no aprovechó las
lecciones. Mientras el dómine amoroso
se esforzaba por inculcarle sus conoci-
mientos harto exíguos, el pequeño esta-

ba como en éxtasis. Únicamente cuando, al explicarle el catecismo, le habló de un señor muy bueno, muy indulgente y muy amigo de los niños que se llamaba Jesús, exclamó Pepito, cual si despertara de un dulce sueño:

—Don Honorio, ese señor don Jesús se me apareció anoche. Yo le ví, y era tal como usted dice que es. Muy guapo, muy bueno y muy cariñoso. Me prometió llevarme consigo.

Al otro día, el niño no fué a la escuela. Perdió don Honorio su último alumno. Pepito había muerto diciendo:—Don Jesús me ha venido a buscar.

El maestro cerró la escuela, e hízose fraile.

Amor, cazador

HABÍA en un lejano país un rey poderoso, y el rey tenía un hijo, príncipe adolescente que comenzaba a entrarse por los dominios del Amor, rey más poderoso que su papá, con todo y ser su papá un monarca temido y respetado en una vastísima tierra. Temido, porque se apoyaba en un gran ejército; respetado, porque era fuerte y justo.

La afición exclusiva del regio mancebo era la caza, ejercicio principal de reyes y príncipes desde los tiempos oscuros de Nemrod. Resultan unos y otros, por lo común, mal casados y buenos cazadores. El real mozalbete cazaba infa-

figable en montes y planicies, hasta que un día fué cazado por aquel otro niño que, llevando una venda sobre los ojos, ve lejos, muy lejos, y caza y apresa con una prodigiosa seguridad. Adonde apunta el arco, envía certeramente una chispa que incendia un corazón. Eros le llamaban los griegos, grandes enamorados, pues desde muy antiguo anda por el mundo sin dejar de hacer de las suyas. Y las suyas son muy sonadas. Pierde a sus víctimas, «las piezas que cobra», o bien las salva, cura y redime. Sólo flechas usa en sus cacerías, pero las clava siempre en el pecho, y no pocas veces están envenenadas. ¡El veneno de Amor, dulce y sabroso! Bastóle una no más para herir en el costado izquierdo, y vencer y domeñar al príncipe, que no le vió venir ni pudo guardarse de su agresión.

Tan desprevenido se hallaba como puede estarlo un mozo barbilindo a

quién las primeras ansias amorosas le cosquillean en la carne. ¡Cosquillas de Amor, deliciosa inquietud! Se insinuaban en Su Alteza los síntomas de la esca­rlatina sexual. ¡Dolencia que viene inmediatamente después de la infancia, hormiguelo y ramaleo de Amor!

El príncipe acudió a su padre el rey, y le dijo:

—Padre y soberano, he aquí que en mi última cazata no cobré ninguna pieza, pero cogí una flor hermosísima.

—Tú fuiste la pieza cobrada. ¿Y dónde está la flor?—preguntó el rey.

—En mi aposento. Ruégote me permitas guardarla sin deshojarla.

Su Magestad, que sobradamente sabía de estas cosas, por propia experiencia, porque era viejo y había sido muy galán, le replicó:

--La tendrás, puesto que tanto la quieres, pero yo no puedo impedir que se deshoje. Ni el Amor, que al herirte y ca-

zarte te la dió, tampoco. Todas las flores se deshojan; son bellas porque pasan y mueren... Y la única que siempre vive, recuerda la muerte... La siempre-viva, siempre está muerta. Fría, incolora, seca, triste...

—Entonces, padre mío, esa flor que a mí se me antoja la más bella de las flores, ¿habrá de deshojarse sin remedio?

—Vuélvela al campo, entrégala otra vez a las caricias del aire libre, déjala vivir su buena vida, no la trasplantes, y quizás no se deshoje. Por lo menos, muchacho (el rey, persona campechana, trataba a su heredero con democrática llaneza, como a un hijo de vecino), por lo menos la fatalidad de su deshojamiento otoñal tardará un poco en cumplirse.

La flor era una garrida pastora.

No quiso el príncipe obedecer el consejo del rey su padre, y conservó la flor en su aposento.

Aquella misma noche estaba marchita. El jovenzuelo lloró al verla sin frescura ni colores, y el Amor le disparó otra flecha, pero no le hirió. Se le había acabado el veneno erótico de que unta y maleficia sus leves proyectiles.

Y dijo el príncipe cazado a su cazador ciego:

—No tengas compasión de mí. Te suplico que me hieras y me des otra flor lozana y olorosa, porque esa, deshojada, ya no me gusta. Al marchitarse ha marchitado el amor.

--¿Qué estás diciendo?--protestó Eros, anciano eternamente joven. El Amor soy yo, y no estoy marchito.

El enano y el gigante

UN enanillo y un gigante se encuentran al pie de una montaña. Los ha llevado allí el mismo propósito: subir a la cumbre. El gigante la contempla con toda la arrogancia de su fuerza, y la desafía, dominándola desde la base a la cúspide porque está seguro de llegar a la cima y abarcar con la mirada la extensión del llano; reposa un momento antes de emprender la marcha ascendente.

El enanillo la mira desconsolado y desesperado. Aquella mole aplasta su pequeñez microscópica: no podrá subirla, no podrá dominarla como el hércules a quien admira y envidia. Caerá entre las

pedras y los matorrales, agotará sus alientos, confesará su debilidad e impotencia. Sus pulmones no resistirán la fatiga de la ascensión hacia aquellas alturas que vencerá la energía del gigante, formado para alcanzarla. Y el enano se humilla y dice quejumbrosamente al coloso:

—Súbeme, súbeme. Házme este servicio que te pagaré admirándote, obediéndote, convirtiéndome en tu esclavo. Quiero ver desde allá arriba la llanura y el mar remoto, con su majestad serena, a la distancia. Quiero alejarme de los hombres y vivir contigo unas horas engrandecido por tu gran poder. Luego, cuando bajes, tráeme sobre tus hombros, porque si no puedo subir, tampoco podré bajar, aunque soy bajísimo. O pégame un puntapié y rodaré como un guijarro... Más fácil será esto para los dos que no trepar al término de la montaña. Tú no te cansarás subiendo; pero yo me

cansaré bajando sin haberte pesado en la subida, porque tú soportas el peso del mundo. ¡Súbeme, súbeme!

—¡Bien! Te subiré. No me hables mientras te cargue y transporte a la cumbre que no alcanzarías por tí mismo.

Y el gigante empezó el escalamiento con el enano a cuestas. Al principio todo fué a las mil maravillas. El enano callaba, cumplidor de la orden del gigante; éste, reconcentrado y meditabundo, no abría la boca. De pronto el enano le preguntó:

—¿Estás fatigado?

El gigante no contestó, y el enano repitió la pregunta absurda. Entonces díjole el gigante:

—Tan cansado estoy como pudiera estarlo un elefante que llevara una pulga sobre sus lomos.

Sintióse el enano herido en su amor propio, el temible amor propio de los pigmeos, la rebeldía de la insignificancia, y repuso:

Mirarlo has muy bien, que aunque soy pequeño, peso mucho...

El homecillo, algo letrado, repetía una frase histórica que no venía a cuento.

—Ya empiezas a pesarme, pulguita...
No olvides lo que te ordené: ¡calla, o te suelto!

Transcurrió un breve rato sin que el liliputiense hablara, no porque se reconcentrase y meditase como su titánico conductor, sino porque no sabía que decirle. Al fin, repitió su pregunta:

—¿Sientes cansancio?

El gigante hizo un gesto de supremo desdén, y repitió por su parte:

—Me empieza a cansar tu pequeñez, enanillo...

Pasó otro rato breve. El enanillo, que no se resignaba a dejar de pesarle al titán, preguntó nuevamente:

—Estarás cansado...

Entonces el hombre atlético e infatigable sintió que en efecto su leve carga le pesaba mucho...

—Tu cerebro vacío me pesa demasiado,—dijo al pigmeo.—Tu charla monótona e impertinente, tu inquietud de pulga, me agobian. No puedes callar, y no puedo contigo. ¡Cállate, cállate!

El enano se calló unos segundos. Después, tornó a preguntar al gigante:

—¿No estás fatigado?

El gigante sintió al fin una fatiga enorme.

—Sí, sí, no puedo más...

Y, cual si se sacudiera una mota de polvo, lanzó al enanillo al espacio...

Las perlas más hermosas...

LA madre había perdido a un hijo, y no se consolaba. Se lo había matado la guerra, gran sacrificadora, y sobre el dolor de perderlo padecía el de no poder llorarlo incondicionalmente, porque *había muerto por la patria*. Ambos dolores, los más acerbos, penetraron como puñaladas en su corazón.

¡La patria!... Sí; ella comprendía que estaba por encima de todo, dominándolo todo como una cosa suprema y absoluta, irreductible a palabras; que todas las demás debían cederle. Compren-

día que en el orden político, con trascendencia a los sentimientos humanos hasta su última raíz, esa realidad era como el sol, vivificante, descollante, imperante; que lo que entraba en su órbita experimentaba su atracción y le pertenecía; que todas las madres debían ofrecerle en tributo todos sus hijos cuando, para servirla o para salvarla, fuera menester ..

Pero aquella madre lloraba sin vencerse de que su hijo estaba bien muerto. La sinrazón sublime del amor maternal refutaba todas las razones esgrimidas contra su amargura.

—Dios lo quiso... Lo ordenó el Rey,— le decían. El Rey quiere lo que quiere la patria, y Dios lo que quiere el Rey.

Ella respondía, sollozando:—¡Devolvédme a mi hijo!

Sus propios hijos, los hermanos de la víctima, decían también:

—Dios lo quiso... Lo mandó el Rey...

Cuando llegue nuestra hora y nuestro turno, nosotros iremos, lo mismo que él, a morir por la patria.

La madre insistía:

—Devuélvanme mi hijo, vuestro hermano! Acompañadme a llorar...

El padre, destrozado en sus adentros pero consciente de sus deberes cívicos, murmuró con voz insegura:

—Dios lo quiso... No lloremos al que murió cubriéndose de gloria y subiendo al cielo...

La madre repitió su grito pavoroso, casi loca ya:

—Devuélvanmelo! ¡Devuélvanmelo! ¿Y eres tú el que así razones y sentencias? ¡No te conozco! ¡Véte, mal padre!

Corrió a la Iglesia en busca de la madre de las maternidades dolorosas.

Arrodillada, imploró al sacerdote:

—Mi pena es inconsolable. Pero, sin embargo, tú, que te acercas a la fuente de todos los consuelos, ministro del Señor, consuélamel!

El clérigo expresó dulcificándolos, evangelizándolos, aquellos razonamientos *demasiado humanos* que no habían convencido a la madre.

—Sí, Dios lo quiso... Pero ha recompensado a tu hijo. Piensa en la Madre de Dios cuando perdió al suyo y lo vio morir clavado en una cruz por nuestras culpas... Trata de parecerte a la madre de Jesucristo. Lloro—ella también lloró,—pero levanta tus ojos, levanta tu espíritu...

La palabra sacerdotal comenzó a suavizar, como un buen bálsamo, aquellas espantosas heridas de la maternidad martirizada.

La madre lloraba silenciosa en brazos de la enfermera Resignación.

El sacerdote trajo una copa de oro, el

cáliz del sacrificio divino, recogió las lágrimas de la pobre mujer, se prosternó ante el altar, se anonadó ante el Símbolo augustó y exclamó, como si cayera en delirio:

—Señor, tú que lo aceptaste, tú sólo puedes calcular el valor de ese holocausto. Te ofrezco en tu cáliz el mayor tesoro, las perlas más hermosas del mundo: las lágrimas de una madre desolada, pero resignada...

El gabán del Pastor

AQUEL pastor vivía en el más enrriscado monte de un país abrupto, sin más compañeros que la soledad y el frío. Y las cabras de su rebaño, inquietas, ariscas, locas... Solía suceder que alguna, no encontrando nada que mordisquear en la desolación de aquellos encubramientos, mordiera a su guardián, y que alguna otra se cayera a un precipicio de modo tan extraño que hacía posible la hipótesis de un premeditado suicidio, como el de las doncellas enamoradas que se despeñan por contrariedades de amor... ¡La locura de las cabras! Funesto mal contagioso. Cuando se dice de alguien que «está más loco que una cabra»,

quiere decirse que está perdido sin remedio. El cabrero iba poco a poco enloqueciéndose sin darse cuenta del contagio. Y el frío y la soledad le daban muy malos consejos.

El frío prepara la obra de la muerte, que es frigidísima; enfriamiento progresivo y definitivo. Nos helamos para descomponernos. El calor, al contrario, aleja la idea espantosa del morir. El fuego tiene demasiada vida; por eso mata, por sobrarle energía consumidora. Un insecto que se abrasa en una combustión, una mariposa que se quema en la llama de un cirio, alimentan al destruirse la fuerza que los destruye. La religión católica no pudo imaginarse el castigo eterno sin especificarlo en las llamas vitalísimas de una hoguera perpetua devorando a los condenados. En los Infiernos no habita la muerte, sino una vida eternizada, atormentada, fomentada por el fuego, el gran principio vital.

La soledad es amiga de los buenos y enemiga de los malos. El solitario de las altas montañas se queda solo con Dios; pero si no ve la presencia divina, la visión de sí mismo le enloquece y le torna perverso. Llena el vacío que le rodea con el odio a los hombres, a quienes no ve tampoco, pero los conoce, los siente desde lejos como encarnaciones de todo mal. La soledad no aprovecha sino a los grandes espíritus capaces de poblarla de sueños místicos o de embellecerla con placeres estéticos.

Claro que el pastor de mi historia, loco por contagio de la locura de sus cabras, no era un gran espíritu a somado al infinito radiante. Tan montaraz, tan rebelde como sus cabezas de ganado, tenía respecto de ellas la desventaja o la agravación de un principio de inteligencia; nada más que un principio. Se le encendía una chispa en el cerebro tenebroso, alumbraba negros abismos,

e inmediatamente se apagaba... El pensamiento de los primitivos instintivos no es una facultad auxiliadora; es un asalto instantáneo de la razón extraviada que, luego, hace más densas las tinieblas mentales...

Nuestro cabrero, loco de soledad y de frío, odiaba a los hombres precisamente porque, no estando entre hombres, se le aparecían como responsables de su miseria y abandono. El, aterido, hambriento, fugitivo, medio muerto sobre los senos exhaustos de una naturaleza inhóspita, y ellos allá hartos, gozosos, dominantes... Juzgaba feliz a todo el género humano, por contraste con su estado misérrimo. Y su ignorancia rencorosa se hacía sanguinaria, considerando el contraste, y despedía un siniestro brillo de puñal...

La soledad le inspiraba este aborrecimiento a sus prójimos, sin distinguir entre ciudadanos y campesinos. El frío

sugeriale esta idea, tiránica por ser única:

—Una zamarra corta no es un buen abrigo en las altas montañas.

* * *

Raras veces la planta humana hollaba la tierra, helada o fangosa, en que hundía sus mal calzados pies el pastor. Sólo las aves de altanería remontaban su vuelo hasta allí buscando presa. Bajo el doble reinado del frío y la soledad, sólo el pastor tenía permanencia. De tarde en tarde, en días serenos, aparecía «un hombre», un viajero perdido, un artista, un aficionado a los deportes alpinos, un amigo de la nieve.. El pastor, entonces, medía toda la extensión de su desamparo y su miseria. Entre el tumulto de sus voces interiores, se levantaban poderosas, insinuantes, estas

palabras, síntesis o resumen de su sorda locura:

--Una zamarra no es un buen abrigo...

Los que llegaban vestían fuertes y amorosos gabanes, gorros de astracán, gruesas mantas, impermeables magníficos; calzaban zapatones ferrados y guantes de lana voluminosos como los zapatos. Con tal defensa, desafiaban y vencían al frío de las altiplanicies. Y no les pesaba la soledad, porque volverían pronto a la aglomeración urbana y a su existencia de gloria, dicha y triunfo, según el engañoso atisbo del pastor...

Un día surgió en la solitaria cumbre la figura de uno de esos turistas curiosos. Iba solo completamente, vestido de un gabán de pieles soberbio, digno de un príncipe. Se apoyaba en un largo garrote, y contemplaba extático el paisaje hiperbóreo, las maravillas de la nieve en las alturas... Caía la tarde, desmayada, lívida como una muerta entre aque-

llas livideces, y el desconocido admiraba un ocaso trágico del invierno...

Al encontrarse con el pastor, le propuso:

—Se me ha borrado la senda que he seguido hasta aquí. Sin tu ayuda no podré volver. Guíame, y te pagaré con creces. ¡Vamos!

El primitivo observó al civilizado con una mirada feroz, y no pronunció palabra. Pero se decía: ¡qué rico, que codiciable gabán! Empezó a caminar por un sendero vertiginoso que a cada poco trecho, la nieve obstruía. El hombre de las soledades abría paso apartándola brutalmente. El gran sudario se espesaba sobre la cordillera, fantástica en su blancura...

Así marchaban los dos: el uno tiritando bajo su destrozada zamarra, un harapo irrisorio; el otro, enfundado en su paletó amplísimo que le bajaba hasta los talones. Para acabar de protegerse se había puesto una careta de automo-

vilista. No se le veía más que los ojos, lagrimeantes. Era como un raro animal de la fauna de aquellas latitudes, e invitaba a cazarlo...

El pastor se volvía y le envolvía en su mirada fiera que iba afilándose como un puñal. La mirada decía: «Esta chaqueta rota no me abriga, y me hielo...» La mala idea le zumbaba dentro el cráneo como una avispa...

De pronto, se volvió por última vez, dió un tremendo salto de tigre, se arrojó sobre el viajero y le clavó un cuchillo en el corazón. Con las manos llenas de sangre que manchaba la prenda apetecida, impaciente, atolondrado, calenturiento, loco, loco «como una cabra», despojó de su abrigo de pieles a la víctima—parecía que arrancaba el pellejo a una res sacrificada—y sin quitarse la pelliza inmunda, se lo puso. El montañés, con su nuevo arreo, fué más que nunca «bestia de la montaña».

La perseguidora idea fija tuvo al fin expresión en sus labios bestiales y, vencido el frío, le gritó frenéticamente a la soledad.

—¡Gracias a Dios! Ya estoy bien abrigado...

La agonía del Otoño

Para Don Jacinto Benavente

OTOÑO se muere. Se muere ese interesante enfermo cuya triste sonrisa nos obsesiona y hace retroceder al pasado; al pasado que, para aquellos cuya vida pobre se borró en la memoria débil, es como un pasillo oscuro, solitario, telarañoso, con las puertas de los aposentos cerradas. Tiene Otoño el lánguido desmayo del físico en expectación de embarque para la eternidad. Hay en la naturaleza silencio de alcoba visitada por la Muerte.

La Muerte, la gran trágica desnuda, lo va desnudando todo. Los árboles, es-

queletos entre flotantes velos de bruma, bailan la danza macabra. Las rosas se han desnudado (deshojarse, desnudarse), y las que todavía viven, muestran un rostro marchito, un aire de nostalgia, de cansancio y de anemia. Parecen pecadoras envejecidas. Quieren irse, deshojadas, en una lluvia de pétalos.

En el campo, lívido, los campesinos pasan desnudos, porque Otoño les da su desnudez; grises, porque Otoño les pone su ceniza en la frente; pálidos, con su empaldecimiento, melancólicos con su melancolía, dolientes con su dolencia, y yo estoy desnudo, pálido, melancólico, enfermo como él... Contagio universal de la tisis del Otoño...

Otoño se muere: la estancia del moribundo, urna lacrimatoria, se ha llenado de llanto. Seres y cosas lloran calladamente, en la cerrazón siniestra de los grandes duelos.

Sombras desnudas, sin contornos, sin

colores, bajan de las montañas raídas y téticas... Un niño desnudo, con la doble desnudez de la miseria y la estación, me tiende los brazos.

—¿Qué has hecho?—le pregunto —de tu veste celeste?

Una jóven, esfumada, borrada, se desliza, «espectral». Es hermosa, pero su hermosura se ha desvanecido en el tinte ceniciento uniforme de la campiña... Se ha «desnudado», lo mismo que sus hermanas las rosas otoñales..

—¿Qué has hecho de tu hermosura?

Desnudeces y más desnudeces... Otoño se desnuda, se muere, y todo lo desviste y lo mata poco a poco.

Hasta los lechos, que si se desnudan no son lechos, están desnudos.

Y las verdades, que si no se desnudan no son verdades, están también desnudas. Y no sienten frío.

.
Enciendo mis recuerdos como cirios

votivos sobre un viejo altar en una iglesia que se hunde. Y arden levemente, agónicamente, lágrimas de un cárdeno fuego que se desnuda de sus llamas; pero, al menor soplo del viento de mis soledades, se mueren... Uno tan sólo— ¡santidad e inmortalidad! — permanece encendido, iluminando mi presente desde el fondo de una tumba bendita. Este recuerdo inextinguible se llama ¡Madre!

¿Y a tí, corazón mío, a tí que fuiste una flor maravillosa y olorosa, no te ha desnudado Otoño? ¿Este de ahora no, la serie de otoños que pasaron por tu vida?

El corazón, también desnudóse. Lámpara sin aceite, ya no le quedan ni un amor, ni un odio, ni una esperanza, ni un deseo

Y gime el pobrecito:

--¡Estoy desnudo! ¡Voy a morir! ¡Amor—
tájenme con las galas de la Primavera!

Nunca es tarde para morir...

(Versículos del dolor y el desencanto)

Y AQUEL hombre, un judío fatigado de las caminatas de la vida, se había encerrado en un sepulcro, donde moraba vivo esperando que le enterrasen muerto.

Y allí, en su espera terrible—terrible porque quien espera la Muerte se desespera—aquel hombre veía pasar las caravanas y las peregrinaciones de los vivos. Veía pasar también los entierros de los muertos, y pensaba que él no sería enterrado, pues lo estaba ya, sino «aco-

modado» a su tumba de libre elección, y guardado y «sellado»...

Y pensaba en el porvenir de sus cenizas, un pensamiento de cosas sin futuro, y decía a veces: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos».

Sobre su aniquilamiento filosófico, Nirvana judaico que coincidía con la predicación de Cristo, el gran sembrador de Galilea, pasaban en ronda los buitres y se detenían a mirarle con avidez... Y en los ojos redondos de los buitres ardía un pecado capital que le amenazaba. Y leía *su consummatum*.

Y en los ojos de los hombres, vivos o muertos, leía la propia sentencia, inclusiva de todos.

Y cada vez se encerraba más en su sepulcro. Y los que por allí transitaban, caminantes del desierto, le aconsejaban: —Sal de tu sepulcro. Camina con nosotros. Vamos hacia Jerusalén, donde ha nacido la Verdad. ¿No la sientes acer-

carse, la gran sembradora? ¿No te das cuenta de que el gran sembrador viene como un rayo fecundo?

Y el hombre sepultado decía:—Si pasa por aquí, que me fecunde, y me mate, y cierre la piedra de mi tumba, que es el peso enorme de la Vida... Yo se lo pediré de rodillas. ¿Pero quién es ese llamado Jesús?

—Es el hijo de Dios,—le respondieron aquellos conversos, recién nacidos cristianos. Y quita los pecados del mundo:

—Pues que me quite los míos—gritó el muerto viviente. Que me los quite, y me dé en paz el sueño eterno...

Y los cristianos recién nacidos, que llevaban consigo la imagen de Jesús re-dentor, le respondieron:

—Mírale con nosotros, hombre de poca fé. Ven con nosotros. ¡Sal de tu sepulcro, y elévate sobre la tierra!

Y añadió otro cristiano recién nacido:—Lo que hace El es elevarse sobre la

tierra, y elevarnos. ¡Sal de tu sepulcro!

El hombre que yacía en la tierra esperando a la Muerte, dijo con amargura:

—Si salgo, me muero.

* * *

Y llegó Jesús como una alborada al sepulcro del enterrado vivo, y ahuyentó las sombras de la Muerte. Toda Galilea sonreía en el amanecer de la Verdad. El rostro, las manos, la cabeza de Jesús, irradiaban la Redención.

El topo quedó ciego con tantos resplandores divinos concentrados en la persona humana de Cristo fulgurante. Y Cristo le dijo, con dulzura:

—¿Qué haces ahí, hijo de la tierra? Ven conmigo...

Y el yacente replicó:—Señor, no puedo llevar mi sepulcro...

Y dijo Jesús:—Sígueme, que tu sepulcro te seguirá. Todo hombre pertenece

a la Muerte, después de pertenecer a la Vida. ¿Tú has vivido?

Y el otro repuso:—Señor, creo que no he vivido, y quiero morirme por que es ya tarde para vivir.

—Para vivir nunca es tarde,—díjole Jesús. Yo te enseñaré a vivir. Vénte conmigo.

Y aquel hombre dejó su sepulcro y siguió a Jesús. Pero le siguió su sepulcro.

¡Divina mariposa!...

¿POR dónde entró esa mariposa divina? Vedla revolar y posarse en mi frente. Es la niñez que vuelve a mí para bendecirme y consolarme. Todo el cuadro de la vida pasada se reconstituye, como lienzo borroso al que se aplican colores frescos: las primeras visiones, las primeras risas, las primeras lágrimas, perlas del rocío de la mañana, los juegos infantiles, las caricias de la madre, las lecciones de la escuela, las luces del alba que también nos sonreía y nos daba besos, y nos prometía la felicidad, como un hada madrina. Más lejos, mucho más lejos—diríamos que en el infinito—, el

misterio que nace para ir, ¿adonde? No lo sabemos. Sólo sabemos que atravesamos un desierto; un desierto entre cuyas arenas calcinadas tal cual oasis nos brinda hospitalidad y frescura, y a través de las congojas crecientes del viaje recojemos unas cuantas flores, hiriéndonos con las espinas; tan escasas que no podemos formar un ramo.

Esto es el vivir. Desconocemos que sea el morir. Cuando era tuyo, niñez adorable, yo ignoraba lo uno y lo otro. ¡Sueño feliz de la ignorancia al arrullo de las canciones matinales en los brazos de la maternidad providente! El hombre que amanece, se llama niño; la vida que madrega, se llama esperanza. Después, la vida lleva estos dos nombres: guerra y dolor. Pasamos, como el juglar del circo, entre dos filas de puñales que se nos clavan en el pecho sin poder evitarlo, como lo evita el juglar con su destreza. Y el río precipita su corriente, y las ca-

ñas de sus orillas tórnanse lanzas amenazadoras... Preso en su cárcel, desfallece el corazón. La tarde, arrebolada, tiene un aspecto de mujer muerta a quién hubieran pintado las mejillas.

.....
¡Ya te vas, ya te vas, divina mariposa!
¿Volverás a visitarme antes de que muera? ¿Volverás a visitar a este desgraciado que tanto te ama, que no puede aprisionarte y llora sin consuelo al dejarte partir?